

BOLSILIBROS

S

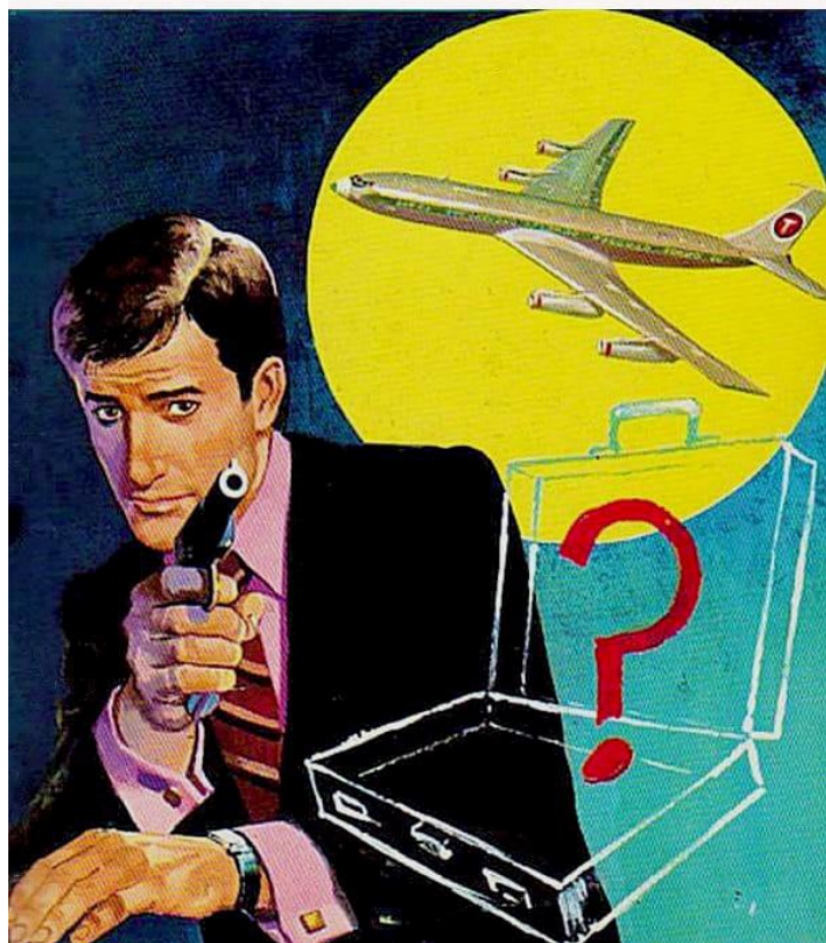
S

SERVICIO SECRETO

de

muerte en las nubes

joe mogar



Las muchachas eran dos.

Sentadas en los dobles y mullidos asientos del Boeing «Jumbo», en vuelo directo desde Frisco a Filadelfia.

Junto a la ventanilla, la morena de ojos grandes y rasgados, pardos, se mantenía desde hacía varios minutos contemplando las nubes, en su fantástica marcha hacia atrás.

A su lado, la pelirroja se movió, inquieta.

Fue un movimiento leve, algo así como un pequeño estremecimiento, y casi en el acto se encontró con la pregunta y los ojos un tanto fríos de la muchacha morena:

—¿Le molesta el portafolios?



Joe Mogar

Muerte en las nubes

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1154

ePub r1.0

Titivillus 30-11-2019

Título original: *Muerte en las nubes*
Joe Mogar, 1972

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1





SS

SERVICIO SECRETO



PRÓLOGO

Las muchachas eran dos.

Sentadas en los dobles y mullidos asientos del Boeing «Jumbo», en vuelo directo desde Frisco a Filadelfia.

Junto a la ventanilla, la morena de ojos grandes y rasgados, pardos, se mantenía desde hacía varios minutos contemplando las nubes, en su fantástica marcha hacia atrás.

A su lado, la pelirroja se movió, inquieta.

Fue un movimiento leve, algo así como un pequeño estremecimiento, y casi en el acto se encontró con la pregunta y los ojos un tanto fríos de la muchacha morena:

—¿Le molesta el portafolios?

Inició una sonrisa, pensando en que hasta el momento en que la otra lo mencionaba, y a pesar de encontrarse en el asiento, entre las dos, no había reparado en ello.

—La verdad es que ni siquiera me di cuenta —respondió.

Ahora lo miró.

Una cartera, de esas que sirven para llevar documentos o cualquier clase de papeles; completamente ajada por el uso, deteriorados los bajos... y ya casi inservible.

El color, que en otro tiempo pudo ser negro, era en aquel momento tanto o más pardo que los ojos de la muchacha que la interpelaba.

—Me llamo Mauren —eso fue lo que dijo, pero a pesar de su pregunta anterior y sus palabras de ahora, no quitó el portafolios de entre las dos—. ¿Y usted? Es decir, perdone, tal vez...

—¡Oh, nada de eso! Me llamo Sheila, Sheila McKenna, de Filadelfia.

La otra pareció interesarse en el acto:

—¿Vive allí?

La sonrisa de la pelirroja Sheila se amplió.

—Seguro —dijo—. ¿Y usted?

—Yo... —La miró, pensativa, le devolvió la sonrisa, a todas luces forzada, y continuó—: Bueno, viaje. Voy de un lado para otro... de este modo.

En el otro extremo del enorme «Jumbo», dos de las tres azafatas, estaban repartiendo bebidas.

Fue precisamente una de las dos la que interrumpió la respuesta de

Sheila con una pregunta:

—¿Van a tomar algo?

Las dos mujeres se miraron entre sí durante unos segundos y luego volvieron los ojos hacia la azafata.

—Un *whisky* para mí —repuso Sheila.

—¿Para usted?

Mauren vaciló.

Pero fue muy poco, dos o tres segundos, hasta que a su vez preguntó:

—¿Tienen champaña?

La azafata arqueó levemente una ceja.

—Sí, claro que sí. ¿Le apetece una copa?

—Cierto. Es decir, si no es mucha molestia por su parte.

La azafata se apresuró a tranquilizarla y, sin perder la sonrisa, se alejó hacia el fondo del avión.

Una botella.

Sólo una. Frunció el ceño, pensando que alguien, en San Francisco, había cometido el error de dejar solo una botella de champaña en una nave como aquélla.

Mecánicamente, y antes de descorcharla, consultó el reloj:

Bueno, el detalle de la botella de champaña era nimio, teniendo en cuenta que dentro de sesenta minutos tomarían tierra en el aeropuerto de Filadelfia.

Preparó pues, el *whisky*. Luego la descorchó y, con el alto vaso en una mano y en la otra la copa con el champaña, sin perder su sonrisa, que en algunos momentos podía pecar de mecánica, se acercó a las dos muchachas.

—El *whisky* y su champaña —dijo.

—Gracias.

Fue una exclamación hecha a dúo, y, sin responder, pero con una nueva sonrisa de despedida, dio media vuelta y se alejó hacia la cola del avión.

Faltaban diez minutos para tomar tierra cuando reapareció de nuevo, yendo de asiento en asiento, revisando los cinturones de seguridad.

En la ventanilla, la morena Mauren tenía la cabeza caída hacia aquel lado y la pelirroja se entretenía en leer una revista.

Tenía puesto el cinturón de seguridad y, por tanto, no le dijo nada,

no pronunció una sola palabra, quizá por eso, o tal vez por algo más.

Fuera lo que fuese, ya no continuó con su trabajo de rutina sino que, con paso vivo, se acercó a la cabina de mandos, empujó la puerta y entró, cerrando a su espalda, lanzó una mirada al copiloto y luego, con la misma rapidez que antes empleara, terminó de acercarse al capitán de la aeronave.

Le quitó el casco con los auriculares y espetó fríamente:

—Bill, una de las pasajeras ha muerto.

—¿Qué...?

—Que ha muerto, y de esto no hace ni una hora. Ésta es su...

—¿Se ha dado cuenta el pasaje?

—No. Por lo menos, que yo sepa.

—De acuerdo, pequeña, me pondré en contacto con el aeropuerto. Entretanto, acércate a esa mujer y procura que no se derrumbe del asiento, cuando tomemos tierra.

Sin responder, la azafata retrocedió sobre sus pasos, en tanto que el piloto empezaba a transmitir la noticia a la torre de control, y de aquélla, a la policía del aeropuerto.

CAPÍTULO PRIMERO

Era rubia y muy joven.

De veinte a veintiún años, y al verla, se preguntó si aquel encuentro en medio de la noche era obra del Destino o de la casualidad.

Se encogió de hombros, sin dejar de mirarla.

El resto, incluyendo las largas y esbeltas piernas y los pechos, no contaba para nada.

Sólo el hecho en sí, curioso en extremo.

Más que curioso —siguió pensando—, extraño.

Se encontraba bajo los árboles, tendida en el suelo, durmiendo con un sueño pesado, tal vez poblado de pesadillas, ya que sus rojos y sensuales labios estaban crispados en una mueca.

Sujeto por la mano derecha tenía un portafolios, ajado, viejo, cuyo color, tal vez en otro tiempo negro, era ahora pardo; por lo menos ésa fue la primera impresión que tuvo.

Como pensara anteriormente, era extraño.

Se encontraba a menos de dos millas de la estación de la 30th Street y ella, a pesar de llevar medias y zapatos que pudo quitarse en un momento determinado, no lo había hecho.

Se limitó a continuar caminando doscientas o trescientas yardas de distancia y a dejarse caer bajo un copudo árbol, para con toda tranquilidad quedarse dormida.

Miró el viejo portafolios y se acercó más, en tanto que en el interior de su cabeza batallaban multitud de ideas a cuál más contradictoria y luego de un modo repentino, se dejó caer a su lado y continuó mirándola.

Hasta que alargó la mano hacia el portafolios, pero en el último segundo no lo tocó.

Los dedos de la muchacha estaban crispados en torno al asa, tanto o más que sus labios.

Consultó el reloj.

Las once y treinta minutos.

Todavía faltaban unas cuantas horas para el día siguiente y Filadelfia quedaba lo bastante lejos como para que aún tardara dos

o tres horas en llegar andando a pisar su asfalto.

Extrajo un cigarrillo y sin dejar de pensar en todo aquello, lo encendió.

Casi lo mediaba, cuando abrió los ojos.

Le miró.

No sonrió, pero tampoco parecía muy impresionada de que se encontrara allí, a su lado, observándola.

Se despezó, lo mismo que un grande y hermoso felino, abrió la boca en tanto que los senos se marcaban fuertemente bajo la tela del liviano vestido que llevaba, y al terminar preguntó:

—¿Hace mucho que se encuentra aquí?

Phil Forrester inició una sonrisa.

—Cosa de media hora —respondió.

—¿Y todo ese... ese tiempo me ha estado... estado mirando?

La sonrisa de Forrester se amplió.

—Así es —dijo.

La rubia se sentó en el suelo.

Sus ojos grandes, verdes y brillantes relucían.

—No... no es muy correcto, ¿verdad?

—No, desde luego, no lo es —repuso Forrester— pero usted me gusta. Por otra parte, sentí curiosidad. No es corriente ver a una muchacha en medio de la noche, completamente sola y...

—¿Tiene un cigarrillo? —le interrumpió.

De nuevo extrajo el paquete, encendió uno y se lo dio.

La rubia fumó en silencio durante un breve espacio de tiempo, sin dejar de mirarle, hasta que por fin dijo:

—Voy a Filadelfia, ¿comprende? Iba a ir en el tren, pero me faltaban algunos dólares, por lo que tomé el «bus». Pero me obligaron a bajar antes de llegar, como ha podido comprobar.

Hubo una pausa, muy ligera, que Forrester cortó:

—Lo que quiere decir que para el billete del «bus» tampoco tuvo, ¿verdad?

—Sí, así es.

—¿Y qué piensa hacer?

Tampoco le sonrió cuando dijo:

—Lo estoy haciendo ya. Voy a quedarme hasta mañana, si usted deja de molestarme, y luego emprenderé el camino a pie.

Forrester se puso en pie y sus ojos grises y fríos la miraron de pies a

cabeza.

—Tal vez podamos arreglar eso —respondió.

Los de ella le miraron curiosos.

—¿Sí...? —preguntó—. ¿Y cómo?

Forrester dudó unos segundos y luego extrajo del bolsillo un arrugado billete de diez dólares.

—Hay un motel una milla más allá, y con esto bastará. Incluso nos sobraré para el billete hasta Filadelfia. ¿Viene?

La rubia continuó fumando por un breve espacio de tiempo y después, portafolios en mano, se puso en pie.

—Sí, ¿por qué no? —contestó, encogiéndose de hombros.

Forrester se puso en movimiento hacia la carretera y al colocarse a su lado, ella le prendió de una mano.

Caminaron en silencio durante un buen trecho, hasta que, de un modo repentino, la rubia lo rompió.

—Me llamo Nancy

O'Hara.

¿Y usted?

—Phil Forrester.

Ahora sí le sonrió, y tenía una bonita sonrisa.

—¿A qué se dedica? —preguntó—. Es decir... si no...

—Viajo —repuso Forrester—. Voy de un lado para otro. Hoy aquí, mañana allá... ¿Y usted?

—Sencillamente me dirijo adonde le dije.

Forrester no respondió.

Y era la una de la madrugada cuando ambos entraron en el motel.

Forrester alquiló una habitación en el piso alto, con vistas a la carretera por donde habían venido y ambos, sin pronunciar palabra, subieron.

Se enfrentaron allí, durante unos segundos, y finalmente, Nancy le volvió la espalda, se sentó en el lecho no sin antes soltar el portafolios en una silla.

—¿Y ahora...?

Ladeó la cabeza para mirarle.

—Esperar a mañana.

Forrester no dijo nada.

Se limitó a acercarse en silencio y puso una de sus grandes manos sobre su hombro.

Nancy levantó la cabeza para mirarle y lentamente se puso en pie. Fue entonces cuando la tuteó:

—Si quieres —dijo—, puedo encargar algo para beber.

—Estoy muy cansada, Phil —respondió—. Prefiero... prefiero...

No terminó ni le dio tiempo a contestar porque antes llevó uno de sus brazos a su cuello, mientras que con el otro rodeaba su cintura y le besó.

Forrester dejó de pensar para dedicarse a la que se le entregaba en aquel momento.

* * *

Se despertó bien entrada la mañana y al hacerlo, fue cuando se dio cuenta de que la rubia se había esfumado.

No se precipitó.

Se despezó, lentamente se puso en pie, atravesó todo el dormitorio en dirección al cuarto de baño, donde se dio una prolongada ducha, se vistió y acto seguido empezó a registrarse los bolsillos.

Llevaba bastante más de los diez dólares que le mostrara a Nancy, pero la muchacha no los había tocado.

Es decir, sí, ahora, después de contarlos, se dio cuenta de que había tomado prestados cien, por llamar el hecho de cualquier modo.

Forrester se guardó el resto en el bolsillo y sin lanzar una sola mirada a su alrededor, abandonó el dormitorio y salió fuera.

En el *comptoir*, el dueño del motel respondió a su pregunta:

—Se marchó hace menos de dos horas y... Bueno, me dio esto para usted.

Un sobre completamente cerrado.

—Escribió esa nota aquí mismo —se vio en la necesidad de aclarar.

No respondió, rasgó el sobre, extrajo la hoja de papel y lo leyó.

«Gracias por todo y perdone. Ahora... es mejor que nos separemos. De los suyos tomo prestados cien dólares... y espero poder devolvérselos algún día.

Nancy».

Se encogió de hombros, prendió fuego al papel, hizo un ademán de despedida y luego, recordando algo de un modo repentino, preguntó:

—¿Tiene teléfono?

—Sí, claro. Ahí dentro.

Y señaló una pequeña puerta que había a su izquierda.

Forrester cruzó el umbral, cerró por dentro, tomó el auricular y marcó.

Tres minutos más tarde se encontraba frente al dueño del motel, preguntando:

—¿Sabe dónde puedo encontrar un coche?

—Me temo que no. Yo tengo uno, pero la verdad es que lo necesito y...

—¿El «bus»...?

—Ése puede tomarlo a menos de media milla de aquí —consultó el reloj y añadió—: Si se marcha ahora mismo, llegará a tiempo de hacerlo.

Forrester abandonó el motel después de dar las gracias, pensando en una rubia que pasó parte de la noche con él y luego no quiso esperarle.

¿Por qué?

Por segunda vez en pocos minutos se encogió levemente de hombros, y empezó a andar bajo los árboles, al borde de la carretera.

Una curva, un terraplén, matas de todas clases, árboles y arbustos al fondo, la carretera.

Calculó posibilidades.

Yendo a través de la maleza tenía tiempo sobrado de alcanzar el «bus» y se ahorrraba parte del camino.

Estaba cansado.

Eso era todo.

Y aquella noche pasada que tuvo que dormirse precisamente cuando no debió hacerlo.

¿Qué llevaba la rubia en el portafolios?

Posiblemente nada.

Aún recordaba su gesto despreocupado cuando lo soltó sobre la silla para luego, con la misma despreocupación, ir a sentarse en el borde del lecho, de espaldas a él.

Sin dejar de pensar en todo aquello, abandonó la carretera y entre los arbustos y la hierba empezó a descender por la pronunciada pendiente del terraplén, hacia el trozo de carretera que tenía por debajo.

No llegó.

No, porque antes la vio.

Caída sobre la hierba seca, desnuda, con un balazo que le atravesaba el pecho izquierdo y que luego le había partido el corazón.

Pero no era la rubia.

Forrester miró a su alrededor.

El silencio era absoluto.

Hecho esto se acercó un poco más al cadáver, se inclinó, y por fin terminó de arrodillarse a su lado, la examinó detenidamente y acto seguido, se quitó la americana y la cubrió como pudo.

De nuevo en pie y tras lanzar una nueva y fugaz mirada en torno suyo, empezó a buscar por los alrededores.

Huellas de zapatos de alto tacón, que podían coincidir con los que llevaba la morena asesinada.

O de otra mujer.

Supo que la segunda suposición era la correcta, cuando encontró el portafolios, abierto entre unas matas, y por segunda vez en pocos minutos se arrodilló para examinarlo, pero sin tocarlo.

Era, sin lugar a dudas, el que llevaba la rubia Nancy

O'Hara,

si es que le había dicho su verdadero nombre.

Se puso en pie.

La carretera, muy cerca ya de donde se encontraba, y la parada del «bus».

A su espalda quedaba el motel que acababa de abandonar.

Forrester empezó a desandar lo andado hasta que por segunda vez se vio frente a la puerta.

Entró, yendo directamente al *comptoir* viendo como el dueño le miraba entre curioso y asombrado.

—¿Ocurre algo, míster...?

—Me temo que voy a tener que usar de nuevo su teléfono —le interrumpió—. ¿Puedo?

—Seguro. Ya sabe dónde encontrarlo.

No respondió.

Forrester cruzó el umbral de la puertecilla y tomó el auricular.

—¿Sí...?

—Operadora —respondió—, póngame con la policía.

—En seguida.

Siguieron varios segundos que se rompieron con una sola pregunta:

—Policía, ¿dígame?

Forrester también dejó transcurrir unos cuantos segundos de silencio antes de decir:

—Me encuentro en un motel situado a dos millas escasas de Filadelfia, y hay el cadáver de una mujer muy cerca de aquí. Asesinato —terminó con aterradora calma.

—¿Quién es usted?

Dudó un poco y finalmente respondió:

—Lo sabrán en el motel —hizo una pausa y añadió—. La muerta está desnuda, por lo que le puse mi chaqueta.

Cortó la comunicación sin esperar respuesta, abandonó el lugar donde se encontraba instalado el teléfono yendo directamente a la barra, seguido por los ojos aún curiosos del dueño del establecimiento.

CAPÍTULO II

Tomó uno de los taburetes, se sentó, y enfrentando al barman pidió, mucho antes de que éste pudiera formular una sola pregunta al respecto:

—Póngame un *whisky*, ¿quiere?

Se lo sirvió en silencio.

Forrester bebió pensativamente.

No se explicaba lo ocurrido a pocas yardas de allí, ni el papel que tendría la rubia en aquel asesinato.

Ni qué diablos coronados hacía el portafolios vacío, al lado del cadáver.

¿La mató la rubia?

Era muy posible, pero había algo que no encajaba.

Una mujer no mata a otra, a los pocos minutos de abandonar al hombre con el cual ha pasado la noche, y mucho menos, a pocas yardas de distancia, aunque aquello fuera una redundancia de sus anteriores pensamientos.

En ese caso, y volvía a lo mismo, ¿qué significaba todo aquello? Y sobre todo, ¿dónde se encontraba en aquel momento la rubia Nancy?

Bebió de nuevo, esperando, con el pensamiento librando una verdadera batalla en el interior de su mente.

Fue muy poco.

Terminaba con su *whisky* cuando oyó las sirenas de la policía.

Frente a él, el dueño del motel y el barman le miraban atentamente, tal vez un tanto alarmados, pero no pronunciaban palabra.

Les vio entrar.

Dos de paisano y cuatro de uniforme.

Forrester no se movió, continuó con el vaso en la mano, dándole vueltas y más vueltas sobre la superficie del mostrador.

A través del espejo que había frente a él, detrás de la barra, vio cómo se detenían en la puerta y después de lanzar una mirada alrededor del bar, los dos de paisano empezaron a acercarse.

Forrester continuó sin moverse.

No lo hizo ni cuando se colocaron a su lado, dejándole en medio, en tanto que los otros cuatro quedaban unas yardas más atrás, a la expectativa.

Elevó el vaso y bebió.

Al terminar, uno de ellos, el de más edad, se presentó:

—Teniente Alf Carter, del departamento de Homicidios de Filadelfia —dijo—. Duff

O'Sullivan,

sargento de mi departamento. ¿Fue usted el que nos dio el aviso?

Forrester le estaba mirando, desde mucho antes que terminara de hablar.

—Sí —respondió un tanto secamente.

—Habló de un cadáver. ¿Dónde está?

—En la carretera, no muy lejos de aquí. Es decir, bajo los arbustos, en un terraplén.

Siguieron unos segundos de silencio en tanto que el teniente de Homicidios le observaba atentamente, hasta que lo rompió por sí mismo:

—Vamos.

Forrester abandonó el taburete y luego el motel.

Mediaba el camino cuando Carter preguntó:

—¿Y su chaqueta?

—Cubrí el cadáver.

Hubo una pausa y Carter indicó:

—No recuerdo su nombre. ¿Me lo dijo?

Ladeó la cabeza para mirarle.

—Phil Forrester —replicó.

Y el teniente soltó un gruñido que podía interpretarse de varias formas menos de la verdadera.

No respondió, por lo que el resto del camino lo hicieron en el más completo silencio.

El cadáver.

Carter y Forrester se detuvieron muy cerca del mismo, mientras que los otros, igual que en todo momento, se quedaban más atrás, también a la expectativa.

Fue allí, al lado de la muerta, cuando el teniente se volvió, enfrentándoles.

—Tratad de averiguar si hay huellas.

Forrester intervino en aquel momento:

—Encontrarán las mías, y las de una mujer... que tal vez sea la muerta.

—¿Sí...?

Le miró a los ojos.

—Si cree que fui yo, teniente —y en su voz no había cordialidad alguna—, me temo que de un modo u otro, no va a poder cargarme el muerto.

—¡Ah!, ¿no? ¿Y quiere decirme por qué?

—Si contestara a esa pregunta, teniente, usted sabría tanto como yo.

La respuesta que Carter iba a dar, la rompió la voz del sargento O'Sullivan.

—Venga aquí, teniente —llamó.

Carter hizo una seña y Forrester le siguió.

Huellas de zapatos de mujer y el portafolios de la rubia.

—¿Conoce eso? —preguntó.

—Sí.

—¿De quién es?

—De una rubia que dijo llamarse Nancy O'Hara.

—¿Amiga suya?

—Por unas pocas horas. Cuando me desperté, se había ido. Luego telefoneé a Filadelfia para que vinieran a recoger mi coche. Tuve una avería a tres millas de aquí, cosa que puede comprobar, si es que no se lo han llevado ya... y si no también. Basta con telefonar de nuevo a la casa que tenía que recogerlo.

Carter le miró, suspicaz.

—Deje su coche para más tarde, Forrester —indicó—, y hableme de la rubia.

—¿Qué quiere saber?

—Todo lo que usted sepa.

Le sonrió.

—Es bien poco —replicó—. Sólo que la encontré dormida una milla antes de llegar al motel.

—¿Y...?

—Creo que ya se lo dije antes, teniente. Mi declaración la puede confirmar el dueño del establecimiento —señaló hacia atrás, por

encima de su hombro, y continuó—: En cuanto a la muerte de esa otra mujer, nada tengo que ver. Creo que me encontraba en la cama cuando ocurrió el hecho.

La pregunta del teniente Carter no le sorprendió porque la esperaba: —¿Cómo lo sabe?

—Hasta un imbécil podría darse cuenta de eso —respondió—. No obstante, si desea detenerme hasta la encuesta preliminar, o simplemente hasta la autopsia, me tiene a su completa disposición.

—¿Quiere decirme a qué vienen tantas facilidades por su parte?

Forrester forzó una sonrisa.

—Me gusta colaborar con la Metropolitana —contestó—. Más concretamente, con el departamento de Homicidios.

—¿Sí...?

Forrester no respondió a la burlona pregunta del teniente por lo que éste continuó:

—Y a la muerta, ¿la conocía?

—No.

Unos pasos más allá, el sargento

O'Sullivan

examinaba el portafolios.

—Aquí no hay nada, teniente —dijo.

Carter se volvió a mirarle y a continuación clavó los ojos en los fríos e impenetrables de Forrester.

—¿Vio el interior de ese portafolios? —inquirió.

Forrester denegó con la cabeza.

—Lo siento —especificó—, mi curiosidad no llega a tanto.

Dando la impresión de que no le había oído, Carter desvió la vista hacia

O'Sullivan.

—Saque una muestra de esas huellas, que tenemos que cotejarlas con los zapatos de la muerta. Y usted —añadió, dirigiéndose a Forrester—, ya puede irse, pero antes déjeme las señas de su apartamento, si es que vive en Filadelfia.

—¿Por qué no hacemos una cosa, teniente?

Carter le miró dubitativo.

—¿Qué cosa? —preguntó a su vez.

—Mi coche se estropeó como le dije. ¿Por qué no me lleva hasta la ciudad? Después de todo, gracias a usted he perdido el «bus».

Carter no dudó:

—De acuerdo, le llevaré.

Veinte minutos más tarde, ambos, muy juntos, en el asiento trasero del coche policíaco, emprendían el camino de Filadelfia.

Casi no hablaron en todo el camino.

Sólo con monosílabos, hasta que las primeras casas fueron quedando atrás, mientras que el motor del coche buscaba el casco urbano.

Fue entonces cuando Carter formuló una frase completa:

—¿Dónde le dejo, Forrester?

—Si va de paso, puede hacerlo en Georgetown, en el distrito de Columbia.

—¿Es allí donde vive?

Forrester le miró atentamente.

—No —dijo un tanto fríamente—. El apartamento pertenece a una amiga mía. —Vaciló por espacio de varios segundos hasta que añadió—: Es una bailarina y trabaja en el Marimba. Es un club situado en un subsuelo del Independence Hall.

—No se esfuerce, Forrester, que ya sé dónde está.

—¿Y bien...?

—Eso queda bastante lejos del departamento de Homicidios. Por tanto...

—De acuerdo. Tomaré el «bus» o un taxi, lo que quiere decir que puede dejarme en el lugar que quiera.

Carter dio una orden y el coche se acercó al bordillo de la acera y se detuvo.

—¿Le va bien aquí?

Forrester amagó una sonrisa.

—Es un buen lugar —dijo.

Abrió la portezuela.

Al hacer intención de salir, el teniente preguntó:

—Supongo que no hará falta que le diga que permanezca en Filadelfia, ¿verdad?

La sonrisa de Forrester se amplió.

—No —respondió—. Desde luego, no, teniente.

—Y ahora, ¿quiere darme las señas exactas de dónde vive esa amiga suya?

—Se llama Jennifer

O'Connor,
teniente. 405 de Georgetown, piso decimocuarto, apartamento 430,
letra G. Vaya cuando quiera. Jenny es una mujer muy... muy
hospitalaria...

—La conozco.

Con lo que Forrester se quedó de una pieza, pero no hizo
comentario alguno a aquella afirmación.

Se limitó a abrir la portezuela y sin despedirse siquiera, empezó a
andar, mezclándose con los peatones, buscando un taxi libre.

Lo encontró cuando el coche de la policía se había perdido entre el
tráfico, subió y dio la dirección.

El apartamento se encontraba vacío, cosa que no le sorprendió, a
pesar de la hora.

Jennifer podía haber ido a la peluquería, a cualquier ensayo
imprevisto o adonde le viniera en gana.

Sin una sola vacilación, Forrester atravesó el *living*, yendo
directamente al dormitorio; se dejó caer en el lecho, completamente
vestido, y cerró los ojos.

Se durmió.

Nunca supo cuándo ocurrió el hecho, pero fue así.

Al abrirlos de nuevo, la combinación era negra y completamente
transparente.

La miró.

Le sonreía, mirándole a su vez, fijamente, desde la silla donde se
encontraba sentada.

Sin medias y unas zapatillas.

Morena, de insondables ojos negros.

Aquél era el único tocado que llevaba.

Pechos redondos, pequeños, como a él le gustaban; estrecha la
cintura y el resto, la causa de envidia de todas cuantas mujeres la
veían.

Diecinueve años.

—¿Cuándo has venido?

La pregunta de la muchacha cortó el hilo de sus pensamientos.

—¿Qué hora es? —preguntó a su vez.

—Las diez.

—¿De la mañana o de la noche?

Ella se echó a reír.

—De la noche, tonto —repuso—. ¿Hace mucho que estás aquí?

—Seis o siete horas.

—¿Tanto?

Y había sorpresa en su voz.

—Vine, no había nadie, me encontraba cansado, y me acosté.

—¿Algo importante?

Forrester la miró de pies a cabeza.

—Mataron a una mujer, Jenny —dijo.

La muchacha arqueó una de sus finas y elegantes cejas.

—Siempre están matando... por ahí —replicó.

—Sí, es cierto.

—¿Y...?

Entendiendo perfectamente la pregunta, contestó:

—Fue en un motel que hay en la carretera estatal a menos de...

—Sé dónde está —cortó ella—. ¿Cómo fue?

Forrester se encogió de hombros, se sentó en el lecho y la miró fijamente a los ojos.

—No lo sé —afirmó.

Y Jenny abrió los suyos con manifiesta sorpresa.

—¿No...?

El hizo una mueca.

—Tropecé con una rubia —dijo.

Los ojos de Jenny chispearon, burlones.

—Continúa, Phil —pidió suavemente—. Lo que dices es interesante.

—Dormía fuera de la carretera, bajo un árbol, y no tenía un solo centavo —manifestó—, por lo que la llevé al motel.

—¿Y...?

—Pasamos la noche allí. En habitaciones separadas, por supuesto —mintió.

—Por supuesto, querido —repuso Jenny, cada vez más divertida—.

Nunca llegué a pensar lo contrario —hizo una ligera pausa y preguntó—: ¿Qué ocurrió con la rubia?

—Llevaba un portafolios hecho un asco, ¿comprendes?

—No.

Como si no la hubiera oído, Forrester añadió:

—Cuando me desperté esta mañana, ya se había ido. Más tarde, encontré a la otra muchacha. Le habían pegado un tiro en medio del corazón.

—¿Y eso qué tiene que ver contigo?

—Por el momento, que yo sepa, nada.

—¿No...?

Era la misma pregunta formulada con anterioridad, pero dicha de otro modo.

—No —repitió Forrester, como un eco.

CAPÍTULO III

Jenny no contestó de momento.

Pensaba.

Hasta que finalmente tradujo parte de sus pensamientos en una pregunta:

—¿Vas a acompañarme al club?

—Creí que no actuabas esta noche, Jenny.

—Entro un poco más tarde. ¿Me llevas?

—Mi coche se averió.

—Tomaremos un taxi.

Forrester no tenía nada que alegar en contra y así lo manifestó, por lo que ella empezó a vestirse.

Se estaba colocando una de las medias cuando sonó el timbre del teléfono.

Alargó la mano, tomó el auricular y preguntó:

—¿Sí...? Dígame...

—Usted es *miss*

O'Connor,

¿verdad?

—Sí. ¿Quién es...?

—¿Se encuentra ahí míster Forrester?

Jenny le miró, dudó unos segundos y al fin le llamó:

—Es para ti, Phil —dijo—. Y... y... casi estaba segura de que hoy ocurriría como otras veces.

Forrester no contestó, se acercó, a su vez tomó el auricular y estuvo hablando por espacio de varios minutos.

A continuación, casi sin despedirse, salió. Resignadamente, a su espalda, Jenny terminó de ponerse la media.

* * *

El taxi le dejó en Street, esquina a Pine.

Allí permaneció en pie, sobre la acera, hasta que el vehículo se

perdió de vista.

Forrester empezó a andar.

Media cuadra más allá, miró a su alrededor y entró en el edificio.

Subió hacia el decimoquinto piso, utilizando el ascensor, dio las buenas noches, atravesó la basta pieza, empujó una acristalada puerta, previamente llamó con los nudillos y entró.

Joe Merrick le miró desde el otro extremo de la mesa tras la cual se encontraba sentado.

—Hola, muchacho —saludó—, ¿qué tal te fueron esas vacaciones?

Forrester sabía que no le había llamado para preguntarle aquello, y no obstante, respondió:

—Se me hicieron cortas, inspector —hizo una ligera pausa y preguntó—: En realidad, ¿qué es lo que ocurre?

Merrick le indicó una de las sillas.

—Siéntate, Phil —y añadió, una vez que lo hubo hecho—: Lamento estropearle la noche con esa bailarina, pero me interesa todo lo que puedas decirme de cierta rubia y de un motel.

Forrester no se asombró de que aquello hubiera llegado ya al departamento federal de Filadelfia.

Posiblemente, la mujer asesinada había sido identificada y el asunto, por una causa u otra, había pasado a depender de un modo directo al FBI.

—La encontré durmiendo bajo un árbol —declaró.

—¿Y...?

Poco a poco, con palabras sencillas y escuetas, explicó todo lo ocurrido hasta que despertó completamente solo. Y luego, el hallazgo de la mujer muerta de un balazo.

Terminó con una pregunta:

—¿Qué sabe de todo esto, inspector?

Merrick desvió los ojos de los suyos, abrió el cajón central de la mesa despacho y sacó el portafolios.

—¿Es éste? —preguntó.

—Así es —repuso Forrester—. ¿Qué contenía?

—Nada.

—¿Nada?

—Algo, sí, pero no lo que esperábamos nosotros —le miró fijamente e inquirió—: ¿No tienes idea de dónde puede estar esa rubia? Dijiste que se llamaba Nancy

O'Hara,
¿verdad?

—Así es. Por lo menos ése fue el nombre que me dio. Y ahora, ¿qué debían encon...?

Merrick le interrumpió, y también de modo escueto, le explicó lo que, según él debería contener el portafolios y el porqué.

—La están buscando, Phil —terminó diciendo—. Para ella están cerrados los aeropuertos y, en fin, todos los medios de locomoción. Si desea abandonar Filadelfia, le va a costar trabajo hacerlo.

—Hábleme de la muerta, ¿quiere, inspector?

—¿Qué deseas saber?

—Todo lo que usted sepa, si puede decírmelo.

—Se llamaba Mona Calloway.

Forrester arqueó una ceja.

—Tengo la impresión —dijo— de que he oído ese nombre en alguna parte. ¿Quién es, o era?

—Periodista.

La ceja de Forrester recobró su posición normal.

—Explíquemelo todo, inspector —repuso—. ¿Puedo saber qué hacía en Filadelfia y más concretamente junto a aquel motel?

Merrick dio la impresión de que estaba tratando de coordinar sus ideas, ya que dudó unos segundos antes de responder.

—La Metropolitana tiene todo su historial, Phil —dijo—. Locutora de radio, periodista y, en fin... Bueno, vino de Nueva York y según parece, aquí, en Filadelfia, continuaba con el mismo trabajo que allí. En la DWC, ¿comprendes? —De nuevo hizo una pausa, y comentó—: Una mujer joven y hermosa, que ahora ha muerto, y confieso que me gustaría saber por qué, y sobre todo en qué lío se metió para llegar a este fin —le miró fijamente y continuó—: Se la ha visto mucho por el Marimba.

Instantáneamente, Forrester recordó a Jenny.

—¿Y...?

—No me gusta mezclar a tu amiga en esto, Phil, pero no tengo más remedio. ¿Por qué no te das una vuelta por ahí? Tal vez *miss* O'Connor

la conozca o haya oído hablar de ella.

Forrester dudó unos segundos, hasta que inquirió:

—Eso quiere decir que voy a hacerme cargo de todo esto, ¿no?

—Así es, Phil, tú eres el único que conoce a la rubia del portafolios. A sus palabras siguió un pequeño silencio que el federal rompió, cambiando de conversación, con una simple pregunta:

—¿Cómo mataron a la mujer del avión, inspector?

—Con cianuro, administrado dentro de una botella de champaña. Una botella que estaba herméticamente cerrada. La azafata que le dio la copa jura que la descorchó ella misma, y que a su lado no había nadie. Que el licor pasó directamente de la botella a la copa.

—¿Y la botella...?

—Llevaba dentro el suficiente cianuro como para matar a un regimiento, Phil.

—¿Qué dice la azafata?

—Que no sabe nada, por supuesto.

—¿Y...?

—Está detenida, Phil, aunque sólo sea por el momento. Dijo también que vio el portafolios en el avión, y que en el asiento contiguo al de esa mujer, había una pelirroja. Portafolios y pelirroja desaparecieron, ¿comprendes? Otra que también estamos buscando. Dos minutos más tarde, Forrester se encontraba en la calle a la espera de un taxi.

La dirección que dio fue la de Independence Hall, donde Jenny actuaba en la pista de un club llamado Marimba.

CAPÍTULO IV

Luces rojas, verdes y azules.

Una semipenumbra agradable, tal vez en demasía.

Y el cono de luz de uno de los reflectores iluminando la pista.

En el centro, moviéndose en forma cadenciosa, Jennifer O'Connor,

al compás de la pieza que estaba interpretando la orquesta negra.

Moviéndose cada vez a mayor velocidad a medida que aumentaban los compases hasta que ante un silencio de tumba, se convirtió en un torbellino infrahumano, mientras que sus ropas iban cayendo sobre la circular y encerada pista.

Finalizada, ella también, cayó al suelo desnuda.

Las luces se encendieron.

Alguien le lanzó una especie de bata de nylon y Jenny se puso en pie, ante una atronadora salva de aplausos.

Saludó varias veces, volvió la espalda al público que abarrotaba las mesas del club y desapareció tras los cortinajes del fondo.

Dos puertas más allá, dentro del pasillo donde se encontraba en aquel momento, Jenny se detuvo, vaciló un poco, la empujó y entró en su aposento, yendo directamente hacia el biombo que había colocado en uno de los rincones.

—Póngase algo encima, hermana, que nos vamos.

Se detuvo en seco, y finalmente, se volvió en redondo sobre los altos tacones de sus zapatos.

Al hacerlo, la bata se abrió por el centro y la magnífica y morena pierna derecha quedó al descubierto, frente a los dos.

Hubo unos segundos de silencio, que el mismo *gángster* de antes rompió:

—¿No me oyó, muchacha?

Jennifer tardó unos segundos en contestar.

Quiénes eran, ya lo sabía, a pesar de que no les había visto nunca.

Dos *killers* a sueldo y se preguntó por y para qué la buscaban.

—Sí —fue lo que dijo.

—En ese caso, cúbrase que nos vamos. Y tenga cuidado,

¿comprende?

—No.

—Se lo explicaremos fuera. Vamos, ¿o quiere que la saquemos a la fuerza?

Avanzó un paso y Jenny retrocedió otro, se ocultó tras el biombo y por encima del mismo les miró.

—De acuerdo —dijo—, pero ¿no se equivocan?

—Usted es Jenny, ¿verdad?

—Sí, así es.

—En ese caso, vendrá con nosotros.

—¿Rapto?

—Seguro que no —repuso el mismo de siempre—. Es una invitación. El rapto... está penado con la pena de muerte, nena. ¿Se da prisa?

Dio otro paso hacia el biombo y los ojos de Jenny se volvieron oscuros.

—Tiene medio minuto, muchacha.

No respondió.

Detrás del biombo se quitó la bata, se puso las medias, la falda y la blusa, los zapatos, y a continuación abandonó el lugar, enfrentándoles.

—¿Dónde van a llevarme? —preguntó.

Frente a ella el otro *gángster*, el que hasta el momento presente permaneciera silencioso, llevaba la mano en el interior de la americana y hasta el más lerdo hubiera podido darse cuenta de que la estaba apuntando con una pistola a través de la tela del bolsillo.

—Eso lo sabrá más tarde, *miss*

O'Connor.

Vámonos, ¿quiere?

Dio otro paso, la prendió de un brazo, a la altura del codo y la empujó fuera.

—Tenga cuidado al salir —masculló entre dientes—. El matarla ahora y aquí, no nos costaría mucho trabajo.

Jenny sabía que era verdad.

Procurando no perder la serenidad, se dejó llevar dócilmente por el pasillo, hacia la puertecilla trasera y desde allí, a la calleja posterior.

El coche era un «Delage» de cinco o seis años atrás, pintado en

negro y estaba estacionado a pocas yardas de la mencionada puertecilla.

Jenny notó la presión de la mano de uno de los *gangsters* en la espalda y continuó dejándose llevar, en tanto que su mente trabajaba a marchas forzadas.

Estaba recordando a su amante.

Phil Forrester, tan pronto como notara su desaparición, removería Filadelfia hasta sus cimientos, tratando de dar con ella.

Ahora lo que faltaba por saber es si la encontraría viva.

Se estremeció.

—Vamos, entre.

La portezuela del coche se estaba abriendo.

CAPÍTULO V

Jennifer tuvo unos segundos de vacilación y fue entonces cuando la empujaron violentamente.

—Le dije que entrara, hermana.

La mano que anteriormente estaba en su espalda se encontraba ahora agarrotada en su cuello, presionando hacia abajo para obligarla a bajar la cabeza hacia la portezuela.

Lo hizo, pasó medio cuerpo y otra mano le tapó la boca con un trapo impregnado de algo dulzón.

Se debatió pero no pudo hacer nada porque a los pocos segundos perdió el conocimiento.

Cuando abrió los ojos, tres o cuatro horas después, todo había cambiado a su alrededor.

La habitación donde ella se encontraba tendida en un sofá era cómoda y confortable.

No la habían atado.

Jenny lo supo justo en el momento en que trató de incorporarse y lo consiguió.

Tenía la boca seca.

Se puso en pie, vaciló un poco sobre sus inseguras piernas y tuvo que sentarse.

Le dolía la cabeza.

Miró a su alrededor.

No conocía el lugar, pero sí el hombre que, abriendo la puerta de la habitación apareció frente a sus ojos.

—¡Us... ted!

Le vio sonreír.

No venía solo.

Jenny vio a los otros dos, casi al segundo siguiente de que le oyera decir:

—Cerrad la puerta. Tú, Lass, quédate fuera, ¿comprendes? No quiero sorpresas. Y tú puedes quedarte junto a la puerta.

Desvió los ojos para mirarla.

—¿Para qué me ha traído aquí? ¿Qué significa esto?

La sonrisa de su interlocutor se amplió.

—Se lo diré ahora mismo, *miss*

O'Connor

—respondió—. Sencillamente porque quiero que conteste a unas preguntas.

—Las que me pudo hacer en el club, ¿no?

—¿Usted cree?

Avanzó unos pasos y se detuvo frente a ella, casi rozándola.

—Estoy esperando, Jenny —dijo.

La muchacha arqueó una ceja.

—¿Qué es lo que espera? —preguntó a su vez.

—Sencillamente, que me diga algo sobre esa mujer. Sobre esa locutora, si me entiende.

Jenny le miró fijamente.

—¿Y por eso, sólo por eso me raptaron esos gorilas? Déjeme pasar, a esta hora ya me habrán echado de menos en el club.

—No, hasta mañana. Se indispuso, después de su última interpretación y se marchó.

—¿Fue eso lo que...?

La interrumpió por segunda vez:

—Hábleme de ella, ¿quiere?

—¿Qué ocurre con...?

Una vez más, Jenny se vio interrumpida, ahora brutalmente:

—Murió.

—¿Qué...?

Agrandó mucho los ojos, mirándole llena de horror, como si de un modo repentino, hubiera comprendido que, hiciera lo que hiciese o dijera lo que dijese, jamás iba a salir viva de allí.

—Murió. Junto a un motel de la carretera estatal. ¿Por qué fue, Jenny?

—¿Que por...? ¿Qué trata de insinuar? ¿Acaso cree que yo la ma...?

—Claro que no, muchacha. Pero usted sabe el motivo. O por lo menos, lo sospecha, y quiero que me lo diga.

Jenny tragó saliva.

—¿Por qué tendría que saberlo? —preguntó.

—Ella era su amiga.

—Lo que no quiere decir que necesariamente tenía que contarme sus cuitas, ¿no?

La bofetada la lanzó contra la pared, dando vueltas y más vueltas, hasta que finalmente cayó al suelo.

—Hable, Jenny, ¿qué fue lo que le contó esa mujer?

Tenía los ojos cuajados de lágrimas y los dedos de la mano marcados en su mejilla cuando contestó:

—Nada. Era una locu... tora de la... de la... Y ya no sé nada más. Asidua del club, pero...

Se le vino encima, lo mismo que una fiera, y la patada la alcanzó en un costado.

Gimió y su gemido se vio cortado en flor justo en el momento en que la puntera del zapato se le clavó entre los pechos.

Jenny abrió la boca mientras que un extraño gorgoteo se escapaba de su garganta... y una vez más en pocos minutos, perdió el conocimiento.

Cuando lo recobró, la situación era la misma, salvo una excepción; ahora se encontraba desnuda de cintura para arriba.

Frente a ella, el hornillo eléctrico y el cuchillo que, poco a poco, se iba volviendo rojo.

Cerró los ojos y las silenciosas lágrimas empezaron a resbalar por sus pálidas mejillas.

Cuando se acercó, Jenny estaba pensando en Forrester, mirándole con los ojos agrandados por el terror.

—¡No! —gritó—. No lo haga. No sé nada.

Un nuevo grito terrorífico, cuando la hoja del cuchillo se aplastó contra uno de sus pechos; ella cayó al suelo, revolcándose, interpretando la danza más inhumana que había interpretado en su vida.

* * *

Forrester entró en el club por la puerta principal, cruzó entre las parejas que danzaban en la pista, y fue directamente hacia los cortinajes del fondo.

Los apartó a un lado, pasó al otro y entró en el vestuario de Jenny.

Miró a su alrededor un tanto sorprendido.

No se encontraba allí.

Frunció el ceño, dudó unos segundos y rodeó el biombo.

La bata de seda, unos zapatos, una barra de labios en el suelo y un

trozo de papel.

Lo tomó.

Garrapateados en el mismo, vio los caracteres de su escritura, hechos con la barra de labios.

«Los tipos son dos *gángster* a los que jamás vi, Phil. Me voy con ellos...».

No había firma, pero para Forrester era más que suficiente, por lo que dobló el papel, lo guardó en uno de los bolsillos, desanduvo lo andado y se acercó a la barra.

El barman se le acercó.

—¿Qué va a tomar, míster Forrester? —preguntó.

El federal denegó con la cabeza.

—Estoy buscando a *miss*

O'Connor

—preguntó—. ¿La vio salir?

El otro arqueó una ceja, mirándole un tanto asombrado.

—Creí que estaría en su aposento —replicó.

Sin responder a su afirmación, Forrester formuló una nueva pregunta:

—¿Y Donovan?

El barman achicó los ojos.

—No ha venido, míster Forrester.

El

G-Men

tardó varios segundos en contestar:

—¿Sabe si está en su casa? —preguntó.

—Míster Donovan jamás dice dónde va ni cuándo regresará. ¿Le sirvo algo?

Sin responder, Forrester dio media vuelta y anduvo hacia una de las cabinas telefónicas.

Ni siquiera tuvo que mirar el listín cuando tomó el auricular y empezó a marcar.

—¿Sí...?

Voz de mujer, suave, acariciante... y pensó que Chasse Donovan sabía cuidarse demasiado bien en todos los sentidos.

Pensando en eso, Forrester respondió:

—¿Míster Donovan...?

La mujer que había al otro lado del hilo contuvo la respiración, lo que no pasó desapercibido para él, y luego respondió:

—No está.

Forrester pensó rápidamente.

—Escuche, querida —dijo—, es el FBI el que está tratando de ponerse en contacto con él, ¿comprende? Dígaselo de mi parte si es que...

La voz del propio Donovan, viniendo tal vez a través de uno de los teléfonos supletorios de su apartamento, le llegó al oído.

—¿El departamento federal...? —preguntó—. ¿Puedo saber qué cuernos quieren ahora de mí?

—¿Se lo digo por teléfono o prefiere que hablemos dentro de unos minutos, Donovan? —inquirió a su vez, secamente.

—Forrester, ¿verdad?

—Sí, así es.

En el extremo opuesto de la línea, Donovan guardó unos segundos de silencio.

Hasta que preguntó:

—¿Desde dónde llama?

—Desde una de las cabinas del club.

Un nuevo silencio, tan ligero como un soplo, y respondió:

—Le estaré esperando, pero dese prisa. Tengo una cita, ¿comprende?

Forrester no respondió:

Depositó el auricular sobre su soporte, abandonó la cabina y a continuación el club.

Un nuevo taxi le condujo a Warwich Room, y desde allí anduvo a pie hasta el edificio donde el *gángster* tenía su sede.

Utilizó el ascensor y ya en el piso noveno, caminó por el ancho y lujoso pasillo hasta el apartamento 418, letra F.

Frente a la puerta dudó unos segundos, lanzó una fugaz mirada a su alrededor y levantó la mano derecha para pulsar el zumbador.

Le abrió Larry Farrell.

Rostro brutal, de boxeador tronado, la nariz aplastada y las orejas de coliflor.

—No se quede ahí, polizonte —dijo—, y entre.

Se apartó a un lado y Forrester cruzó el umbral.

—¿Me da la artillería,

G-Men?

Forrester arqueó una ceja.

—¿Hace falta eso? —preguntó a su vez.

—No, pero es una medida de precaución.

El federal denegó con la cabeza.

—Prefiero llevarla encima, Farrell —dijo.

Y continuó hacia el *living*, llevándole detrás.

CAPÍTULO VI

No llamó para entrar; se limitó a empujar la puerta que le cerraba el paso y cruzó aquel nuevo umbral.

Casa al instante le vio.

Alto, joven, ya que su edad no sobrepasaría los treinta y cinco años, con hebras de plata en las sienes, ojos negros, como el pelo; elegante.

Se encontraba sentado en uno de los sillones y no estaba solo.

Dick Preston, su otro guardaespaldas personal, se encontraba con él, en pie, a la derecha del sillón.

—Pase y siéntese, federal —invitó—, y explíqueme qué le trae por aquí.

Forrester avanzó unos cuantos pasos y se detuvo frente a él.

—Prefiero estar en pie —dijo.

—¿Y bien...?

—Una mujer, Donovan.

Hubo una pausa que duró segundos.

—¿Miss

O'Connor...?

—Eso vendrá más tarde —le interrumpió—. Es otra la mujer.

—¿Y...?

—La mataron.

El rostro de Donovan permaneció impasible ante los ojos del federal.

—¿Está tratando de cargarme el mochuelo? —preguntó.

—Esa mujer era una periodista y locutora de...

—¿Locutora...? ¿Acaso se trata de...?

—Así es.

Lentamente, Donovan se puso en pie mirándole fijamente.

—Vuelvo a preguntarle, polizante, si me está acusando de eso.

—No, por el momento.

—En ese caso, ¿para qué vino?

—Buscando a una rubia, Donovan. Una rubia que traía un portafolios. ¿No sabe de qué le estoy hablando?

Donovan se limitó a mover la cabeza en sentido negativo, y Forrester añadió:

—El portafolios se encontró junto al cadáver de esa locutora, y me estoy preguntando por qué.

—¿Y espera que yo se lo diga?

—Usted, Jenkins o quizá Trent, lo hicieron.

—Ésa es una acusación demasiado peligrosa para mantenerla delante de un tribunal y usted lo sabe, Forrester.

Sin responder a aquello, preguntó:

—¿No le gustaría saber lo que contenía el portafolios, Donovan?

El *gángster* se encogió de hombros.

—No —hizo una pausa y prosiguió—: Escuche de una vez por todas, G-Men:

Mis libros están al corriente y mis negocios son honrados. Cierto que no soy trigo limpio, pero ahora... ahora los tiempos han cambiado. Y eso lo sabe toda la policía de Filadelfia. Todos, excepto los federales. ¿Quiere explicarme por qué?

—Los hombres como usted nunca cambian —repuso Forrester con extrema dureza. —Y ahora, ¿quiere decirme qué fue lo que ocurrió con *miss*

O'Connor?

Donovan dio un paso más hacia él.

—¿De qué me está hablando? —preguntó.

Sin responder, el federal extrajo el papel de su bolsillo y se lo mostró.

Al terminar de leerlo, Donovan inquirió:

—¿Está seguro de que fue Jenny quien escribió esto?

—Todo lo seguro que se puede estar de una cosa. Dígame, Donovan, ¿dónde la tiene?

El *gángster* se limitó a señalar la puerta.

—Salga y no vuelva, polizante, si no es con una orden de cateo, ¿comprende? Tú...

Antes de que terminara de hablar, Forrester le interrumpió:

—No se moleste que ya sé el camino de la puerta —volvió la espalda y la abrió, y desde el mismo umbral ladeó la cabeza para mirarles, y entonces continuó—: Pido porque no tenga nada que ver en esto, Donovan, porque si es así, me temo que no habrá jurado en Estados Unidos que pueda condenarle, porque antes yo mismo

terminaré con usted.

Se marchó dejándoles solos.

De los tres, fue Preston el que hizo un gesto, giró en redondo y fue hacia la puerta.

Donovan le detuvo con una pregunta:

—¿Puedo saber adónde vas, Dick?

Le miró fijamente, deteniéndose casi en seco.

—Ese federal se está poniendo demasiado...

—Y vas a pararle los pies, ¿no?

—Creo que es lo mejor.

—Eres un imbécil, Dick —cortó Donovan—. Intenta algo contra él, y Merrick lanzará a todo el departa mentó federal contra nosotros.

—Es posible —repuso Preston—, pero ¿hasta cuándo vamos a aguantar eso?

—Siéntate, Dick, y espera, ¿comprendes? Las órdenes, aquí, las doy yo... Y no son precisamente las de asesinar a un federal las que vas a recibir.

—¿No...?

—Siéntate, ¿quieres?

Lo hizo y durante varios segundos los tres se miraron en silencio hasta que el propio Donovan lo cortó cuando empezó a hablar:

—Escuchad —dijo—, quiero que...

En la calle, una vez más en poco tiempo, Forrester, agente especial del FBI, detenía un taxi y se hizo conducir a Manila y luego al Rex, pero en ninguno de los dos clubs nocturnos pudo encontrar a Buck Jenkins ni a Oward Trent, sus respectivos dueños.

Desde el último, caminó por la acera, buscando una cabina telefónica.

Marcó y unos segundos después se ponía en contacto con Merrick.

—Jenny desapareció del Marimba —fueron sus primeras palabras

—. Fui a hacerle una visita a Donovan.

—Y naturalmente niega toda participación en el hecho, ¿verdad?

—Así es.

La voz de Forrester sonó oscura a los oídos del inspector jefe.

—¿Jenkins y Trent...?

—No pude encontrarles.

Al otro lado de la línea se hizo el silencio, que duró muy poco.

—Vete a acostar, Phil.

—Pero...

—Márchate a dormir, Phil —repitió Merrick—. Lo siento, pero es lo que debes hacer. En cuanto a tu bailarina... aparecerá. De eso puedes estar seguro.

No discutió.

Sabía que era inútil hacerlo.

Por otra parte casi estaba seguro de saber lo que Merrick haría tan pronto como él cortara la comunicación.

—¿Algo más, inspector? —preguntó.

—Nada por esta noche. En cuanto a mañana, te espero a primera hora. ¡Ah! No hagas nada respecto a la muchacha hasta que hablemos.

También sabía el porqué de la recomendación.

Sus sentimientos personales no debían contar en todo aquello, y comprendía a Merrick, ya que a él le iba a ser muy difícil controlarse.

Se despidió, colgó el auricular y abandonó la cabina.

Otro taxi le llevó al número 678 de la 19th Street, y subió al piso décimo, donde tenía su apartamento.

Frente a la puerta extrajo el llavín del bolsillo, la abrió y cruzó el umbral, cerrando a su espalda.

Al tantear junto al marco buscando el interruptor de la luz, llegó la sorpresa para él:

—¡No se mueva! ¡No haga tonterías!

Y notó el cañón de un arma, apoyándose contra su costado.

Se inmovilizó.

Voz de mujer; una voz que sólo había oído parte de una noche y que, por tanto, reconocería en cualquier momento.

—¿Puedo encender la luz? —preguntó.

La presión del cañón de la automática disminuyó un tanto.

—Perdona, Phil, pero estoy asustada. No sabía que eras tú. Vamos, enciéndela, ¿quieres?

Lo hizo, parpadeó un poco y la miró.

Nancy

O'Hara

estaba guardando la automática en el interior de su bolso.

Forrester alargó el brazo, rodeó su talle y la empujó en dirección al *living*, mientras se inclinaba para besar su cuello de cisne.

Sonrió, ladeó la bella cabeza y los labios se encontraron a medio camino.

Al terminar, sin pronunciar palabra, continuó empujándola suavemente y acto seguido, la hizo sentar en el sofá.

Lo hizo a su lado, volvió a enlazarla por la cintura y preguntó:

—¿Por qué te fuiste?

—No deseaba molestarte.

—¿No...?

—No —retrucó ella.

—¿Cómo sabías que vivía aquí?

Nancy le dedicó una sonrisa.

—Registré tus ropas antes de irme, ¿comprendes?

—¿Y luego...?

Ella entrecerró los ojos.

—Esa mujer estaba muerta. Yo... iba en busca de la parada del «bus» cuando me la tropecé. Me entró pánico y...

—¿Abandonando el portafolios?

—Se me cayó cuando tropecé y ya no quise... no quise detenerme. Tenía miedo; lo tengo ahora.

Forrester dejó transcurrir unos segundos de silencio antes de contestar:

—Eso fue lo que me dijiste antes y lo cierto es que debes tenerlo. Te están buscando.

—No temo a eso, Phil. No, a la policía. Ni a tu departamento.

—¿No...? En ese caso...

—Me están siguiendo. Alguien me vio, tuvo que verme, cuando me apartaba de esa mujer, de su cadáver... y estoy asustada.

Forrester la miró atentamente, dudando entre creerla o no, hasta que respondió:

—¿Quiénes son? ¿Les viste?

—Es un «Delage» pintado de negro... y son *gangsters*. De eso estoy segura.

Una vez más, el federal dudó, antes de formular una nueva pregunta:

—¿Les viste alguna vez? Quiero decir que...

—Sé lo que quieres decir, Phil —cortó la muchacha—, y la respuesta es no.

Deshizo el abrazo que para ella representaba el brazo de Forrester

alrededor de su cintura y se puso en pie.

—Estoy muy cansada —susurró—, y allí hay un buen dormitorio. Mañana iré... contigo al departamento federal, si es eso lo que quieres.

Le estaba adivinando el pensamiento.

Forrester lo pensó así mientras se levantaba del sofá, preguntando:

—¿Y yo...?

Nancy le sonrió.

—Allí también.

Dio la callada por respuesta en tanto se acercaba, notando, al prenderla de la cintura, que Nancy no le rechazaba, sino todo lo contrario.

CAPÍTULO VII

Terminó de afeitarse, se quitó el batín tan pronto como regresó al dormitorio y empezó a vestirse.

Nancy tenía que estar en la cocina, ya que hasta él llegaba el aroma del café.

Ahora no se había marchado como hizo en el motel, y se preguntó por qué, sin encontrar una respuesta adecuada a su propia pregunta.

Ya vestido, Forrester abandonó el dormitorio, dispuesto a tomar el desayuno, que indudablemente ella había preparado.

Al cruzar el umbral, oyó el zumbador de la puerta.

No se apresuró.

Estaba seguro de que Nancy franquearía el paso al visitante y no se equivocó, aunque las cosas no ocurrieron exactamente como había pensado.

La oyó andar hacia la puerta, su frágil taconeo, e incluso el ruido que hizo la llave al girar en la cerradura.

Tuvo que abrir, y entonces oyó su grito ronco, alucinante, y el ruido de su cuerpo, según le pareció, al desplomarse al suelo.

Corrió hacia allí, llevando la automática en la mano.

Nancy se encontraba caída en el suelo, junto a la puerta, en combinación, pero aquello no era todo.

Jenny estaba a su lado.

O lo que quedaba de ella.

El espectáculo era horrible, repugnante.

Sí, claro, aquélla era la palabra exacta para definir lo que tenía frente a sus ojos.

Forrester, pistola en mano, saltó sobre el cuerpo de las dos y salió al pasillo.

Nada.

Frente a él, el hueco del ascensor y la flecha que se iluminaba en ambos sentidos, cuando éste subía o bajaba, permanecía apagada, por lo que comprendió que los que llevaron el cadáver de Jenny habían tenido tiempo de huir, tal vez utilizando cualquier ventana

de las que daban acceso a la escalerilla de emergencia para caso de incendio.

Regresó sobre sus pasos sabiendo que nada podía hacer por el momento y se acercó al cuerpo desmadejado de Nancy.

La tomó en sus brazos y la llevó al dormitorio donde la depositó blandamente, mientras que sus ojos grises se volvían inhumanos.

Hecho esto, cerró a su espalda, pero dejando la puerta entornada, y fue al *living*.

Un minuto escaso más tarde preguntaba:

—¿Departamento federal?

—Sí, así es. ¿Phil...?

—Sí —tragó saliva y añadió con voz ronca—: Llame a una ambulancia, inspector, y vengan a mi apartamento. Acabo de recibir un regalo.

—¿Y...?

—Es... lo que queda de Jenny.

Y cortó la comunicación antes de que Merrick pudiera darle una respuesta.

Era temprano, muy temprano, no había desayunado y sin embargo, ya empezaba a necesitar algo fuerte, pero aún así, lo primero que hizo fue entrar en su dormitorio, del ropero tomó una de las sábanas y con aquélla en la mano, se acercó al cadáver de Jenny y piadosamente lo cubrió, como antes cubriera con su americana el de una locutora llamada Mona Calloway.

De nuevo en el *living*, Forrester se preparó un *whisky* y esperó.

Pero fue Nancy la que se presentó primero ya completamente vestida, y horrorosamente pálida, a pesar del sabio retoque que había empleado para disimularlo.

—¿Quién... quién es...?

—Siéntate, Nancy.

Y la voz de Forrester era ronca.

—Pero ¿quién...?

—Una amiga mía —la interrumpió—. Una bailarina de uno de los clubs nocturnos más populares de Filadelfia.

—¿Muy amiga? ¿Algo así como... como tú... y...?

Forrester la miró de frente y no respondió, y ella no pudo averiguar si fue porque no quiso contestar o porque en aquel momento se empezaba a oír el sonido de las sirenas de la policía y la

ambulancia.

Eran tres sin contar a Merrick.

Tres, que se quedaron junto al cadáver de Jenny, y Merrick que avanzó hacia el lugar donde se encontraban los dos.

No miró a Forrester; sus ojos pardos y duros se clavaron en el bello rostro de Nancy como formulando una muda pregunta, que el propio agente federal se encargó de contestar:

—Es Nancy, inspector.

Siempre sin mirarle, Merrick preguntó:

—¿Nancy

O'Hara?

La rubia fue la que dio la respuesta:

—Sí, soy Nancy

O'Hara,

inspector.

Hubo una pausa que se hizo espesa mientras que los tres levantaban el cadáver de Jenny y lo sacaban fuera del apartamento.

—Tendrá que venir conmigo, muchacha.

—Sí, lo sé —replicó ella con perfecta calma—. Ibamos a tomar el desayuno para ir a verle, cuando llamaron a la puerta. Yo... fui la que abrí... y fue... fue... horrible. —Hizo una ligera pausa y añadió

—: Si me permite, voy a tomar el bolso.

Merrick asintió en silencio y luego añadió de viva voz:

—Le ruego que no utilice la escalerilla de emergencia para escapar.

—No voy a hacer nada de eso —repuso ella—, aunque usted crea lo contrario.

Merrick no respondió, esperó a que hubiera entrado en el dormitorio y se volvió a mirar a Forrester.

—Creo, Phil —dijo fríamente—, que debes entrar ahí.

—¿Es necesario?

—Sí.

No contestó, dio la espalda y entró en el dormitorio.

Media hora más tarde, y cuando el cuerpo de Jenny reposaba sobre el frío mármol de una de las mesas de la Morgue, los tres entraron en el departamento federal.

Y de los tres, fue Merrick el que se dirigió a Forrester.

—Creo que será mejor que esperes fuera, Phil —dijo.

El

G-Men

abandonó el despacho sin pronunciar palabra, dejándoles solos.

—Siéntese, *miss*

O'Hara.

Nancy lo hizo, cabalgó una pierna sobre la otra y él vio frente a sus ojos los largos y esbeltos muslos.

Los desvió hacia otro lado en tanto que ella preguntaba:

—¿Y bien, inspector?

El del FBI la miró a los ojos.

—¿Conocía a la muerta?

—¿A qué muerta? ¿A la muchacha morena del terraplén?

—Así es, *miss*

O'Hara

—repuso Merrick secamente.

—La respuesta es no.

—¿Está segura?

Nancy dejó que una de sus cejas rubias se levantara de modo imperceptible.

—Pruebe que miento,

G-Men

—desafió.

Merrick no respondió a aquello, pero sí preguntó:

—¿Qué sabes de ese portafolios? El que usted llevaba, *miss*...

—Sé al que se refiere —cortó Nancy, que añadió al cabo de unos segundos de silencio que Merrick no interrumpió—: Lo encontré.

—¿Dónde?

Para Nancy era obvio que no la creía; no hacía falta esforzarse mucho para comprenderlo, pero aún así, no dijo nada al respecto, sino que contestó:

—En Nueva York —y aquí sí mentía—. En la Gran Central, minutos antes de tomar el tren para Filadelfia.

—Forrester la encontró.

—Dormida bajo un árbol y con el portafolios a mi lado. No tenía bastante para llegar aquí, ¿entiende? Por eso me decidí por el «bus», pero también me faltó para el billete. No obstante, la distancia a recorrer a pie era más corta por carretera, por lo que me decidí por lo segundo.

Merrick rumió aquellas palabras y respondió:

—¿Ésa es su historia, *miss* O'Hara?

—Es la única, la verdadera.

Merrick señaló el teléfono y preguntó:

—¿Sabe que tiene derecho a efectuar una llamada?

No lo esperaba, pero Nancy le dedicó una sonrisa.

—Lo sé, inspector... y en otras palabras, eso quiere decir que va a detenerme, ¿verdad?

—Me temo que sí.

Nancy dudó unos segundos antes de formular la siguiente pregunta:

—¿Acusada de qué?

—De tráfico ilegal de drogas. Heroína, entre otras.

Nancy abrió mucho los ojos, pero no contestó; se limitó a mirarle fijamente hasta que Merrick se decidió a cortar el silencio con una nueva pregunta:

—¿Quiere decirme por qué abandonó el motel, sin despertar a Forrester?

—Registré sus ropas y tuve miedo, inspector.

—¿Eso es todo?

—Sí.

—¿Por qué?

—Pasamos parte de la noche en el motel, y al parecer... estaba más cansado que yo, ya que no logré pegar un ojo. Luego quise Saber quién era el tipo... que me había encontrado y... miré su cosas. Me puse nerviosa y abandoné el motel cuando ya era de día, ¿comprende? Corté camino, o por lo menos lo intenté, para ir a la parada del «bus». Ahora llevaba cien dólares, que le quité de la cartera. Más que suficiente para llegar aquí, y vi la muerta. Tropecé con ella, ¿entiende? Sé que grité y que luego eché a correr. Debí dejar caer ese... portafolios —le miró entre curiosa y alarmada y preguntó—: ¿Qué tiene que ver todo eso con el tráfico de heroína, inspector? ¿Me lo puede decir?

Merrick la miró pensativamente.

—¿Usted no lo sabe? —preguntó a su vez.

Y de nuevo se encontró con la desconcertante sonrisa de ella.

—Si lo supiera —dijo fríamente—, no se lo preguntaría a usted. No me gusta perder el tiempo, ni con hombres como Forrester, ni con interrogatorios policíacos.

—¿Eso es todo?

—No hay más, inspector.

Merrick alargó la mano, apretó uno de los botones blancos que había sobre el tablero de la mesa y esperó.

Fueron segundos nada más, al cabo de los cuales entró otro de los agentes federales de la plantilla de Filadelfia.

Sin moverse del sillón que ocupaba tras la mesa, Merrick señaló a Nancy.

—Fíchela y enciérrela —dijo.

—¿Acusada de...?

—Tráfico de drogas y... complicidad en un asesinato por el momento.

Lo que quería decir que sospechaba que en el de Jenny también podía estarlo.

Entretanto, sin pronunciar palabra, Nancy se puso en pie.

El federal se acercó para tomarla de un brazo, pero ella dio un paso atrás.

—No me toque,

G-Men

—dijo con la misma sonrisa de siempre—. No me gusta.

Salió delante cuando ya Merrick estaba advirtiéndole:

—Dígale a Forrester que entre.

Fuera, en el pasillo, Nancy se detuvo.

Frente a ella, mirándola a los ojos, Phil Forrester trataba de formular una pregunta que por muchos esfuerzos que hacía, no afloraba a sus labios.

Comprendiéndole, la muchacha salió en su ayuda.

—Estoy detenida, Phil —dijo—. Espero... espero que algún día sepas... sepas... que fue un error.

Empezó a andar y el federal que la conducía interrumpió el gesto de Forrester cuando se disponía a seguirla para continuar formulándole preguntas.

—Míster Merrick te llama, polizone —dijo—. En cuanto a la rubia, no te preocupes. Se la tratará todo lo mejor posible... si es algo tuyo.

No respondió ni para dar las gracias.

Sin mirarles a ninguno de los dos, dio media vuelta y entró en el despacho de Merrick.

Desde detrás de la mesa, con los ojos más helados que nunca, el inspector jefe le miró rectamente a los ojos.

* * *

Peum Square, número 850.

Un subsuelo como otros muchos.

Forrester detuvo el coche frente a la puerta de opaco cristal y clavó los ojos en el letrero luminoso.

«REX».

Abandonó el coche, la empujó y empezó a descender la escalera mientras que hasta sus oídos llegaban los acordes de un *blue* que estaba interpretando el conjunto negro.

Algo ya pasado de moda, pero que a él le gustaba.

Pensó en Jenny, quizá por una rara asociación de ideas, y su rostro se contrajo en una mueca.

Un salón espacioso, cuadrado, la clásica y encerada pista donde las parejas de bailarines danzaban entre luces rojas y azules.

Más allá, en las mesas, en la penumbra, otras preferían besarse y acariciarse, sin que nadie quisiera o pareciera darse cuenta de ello.

Forrester empezó a rodear la pista, procurando no tropezarse con las parejas de bailarines y con las mesas, hasta que alcanzó la barra del mostrador.

Tomó uno de los taburetes, se sentó, fijando la mirada en uno de los barman, que en aquel momento se le acercaba.

Sus ojos se escudriñaron, fríos y herméticos, y adivinó, sin esfuerzo alguno lo que estaba pensando.

—¿Le sirvo algo —preguntó—, o viene de servicio?

Forrester tardó varios segundos en contestar:

—Ponga un *whisky*, Red.

Lo que para el otro quería decir que estaba de paso, y que había ido allí en busca de, cualquier muchacha. Se lo sirvió, y al colocar el vaso sobre el mostrador, oyó la pregunta del federal:

—¿Dónde puedo ver a Buck Jenkins?

Los ojos del barman se volvieron oscuros.

—Míster Jenkins no se encuentra en el club.

—¿No...?

—No.

Se apartó a un lado y Forrester le siguió con la mirada hasta que le vio detenerse frente a otro cliente.

CAPÍTULO VIII

A su espalda, el *blue* terminaba y las parejas se iban retirando poco a poco a las mesas.

Se volvió a la izquierda, y entonces la vio.

Pelirroja, de piernas largas y esbeltas que la minifalda no podía ocultar.

Ojos grandes, negros, que le obsesionaron desde el primer momento; ojos que no desvió, cuando tropezaron con los suyos.

Sin medias y con zapatos de alto tacón.

Una blusa, por cuyo escote se veía el nacimiento de los pechos; sin mangas.

No sonreía, sólo le miraba, como si se sintiera atraída por él, sin parecer importarle ni poco ni mucho su descarado escrutinio.

Forrester levantó el vaso y bebió sin dejar de observarla por encima del borde del cristal.

Hasta que de un modo repentino, ella dejó el suyo a medio consumir, saltó del taburete al suelo, dio la espalda, atravesó la pista hacia los cortinajes del fondo y desapareció de su vista.

Bebió de nuevo, ahora con los ojos fijos en el barman, que hacía como si no se encontrara allí, pensando en sí debía o no subir al piso alto donde Jenkins tenía su guarida, y tratar de averiguar si era verdad lo que le había dicho.

Al terminar con el *whisky*, supo que no había necesidad de hacerlo.

Eran dos a los que conocía sobradamente.

Uno a su derecha y el otro a su izquierda.

Miró al primero, justo en el momento en que empezaba a hablar.

—¿Podemos saber qué busca aquí,

G-Men?

Forrester le dedicó una cuadrada sonrisa.

—Hola, Mason —replicó—. ¿Todavía suelto? Dime, ¿en qué diablos piensa la policía cuando deja sueltos a tipos como...?

—¿Qué busca en el club?

La cuadrada sonrisa del federal se amplió.

—A Jenkins.

—¿Y qué pasará si el jefe no quiere verle?

Forrester tomó el vaso y dándole vueltas sobre la pulida superficie del mostrador, respondió:

—Volveré con una orden de registro. Vamos, Mason, dile de mi parte que le estoy esperando.

Ambos *gangsters* se miraron en silencio por espacio de varios segundos.

Un silencio que rompió Oscar Madigan, el otro de los guardaespaldas personales de Jenkins.

—Correcto,

G-Men

—dijo—. Venga con nosotros, y espero que no se sorprenda.

Forrester no respondió.

Se bajó del taburete y empezó a andar detrás de Mason, que era el que abría la marcha, llevando a Madigan a su espalda.

Los cortinajes, el pasillo, la escalera del fondo...

Empezaron a subir, en fila, hasta el piso superior.

Otro pasillo.

Forrester se encaminó directamente hacia la puerta que daba acceso al despacho del *boss*, y al hacer intención de llamar, Mason le interrumpió.

—Espere un poco —dijo.

Forrester se detuvo mientras el *killer* pasaba por su lado.

Llamó empleando los nudillos de la mano derecha y entró tan pronto como recibió autorización para hacerlo.

Fuera, Forrester se volvió a mirar a Madigan, pero aquél había vuelto el rostro en sentido contrario y examinaba atentamente el largo pasillo, o por lo menos daba aquella impresión.

El agente federal no pronunció palabra.

Esperaba.

Fue muy poco, menos de treinta segundos.

—Pase. Míster Jenkins le espera.

Cruzó el umbral de la puerta, sin responder.

Y se sorprendió porque Jenkins no se encontraba solo en el despacho.

Oward Trent estaba allí, sentado en uno de los sillones del despacho, frente a él, que a su vez había tomado asiento en otro.

Antes de que pudiera pronunciar palabra, Jenkins enfrentó a su

hombre de confianza.

—Sal fuera, Red —dijo—, pero no te alejes mucho de la puerta.

El *gángster* abandonó el despacho, sin pronunciar palabra, y los tres se miraron en silencio por un breve espacio de tiempo.

Lo rompió el propio Jenkins.

—¿Puedo saber qué busca aquí, Forrester? ¿De qué delito va a acusarme ahora?

—Por el momento de ninguno —repuso brevemente.

—¿No...? ¿En ese caso...?

Forrester le interrumpió:

—Es... Bueno, vine a decirle algo, por si no lo sabía.

—¿Y es...?

—El rapto, seguido del asesinato, tiene aún mayor pena que el tráfico de drogas, Jenkins.

—¡No me diga,

G-Men!

¿Acaso cree que no lo sé?

Exactamente como si no le hubiera oído, el del FBI prosiguió:

—Mataron a dos mujeres. Una de ellas, locutora y periodista, y estamos buscando al hijo de perra que lo hizo. Me comprende, ¿verdad?

El *gángster* se puso en pie.

A su lado, en el sillón, Oward Trent les miraba alternativamente, pero sin pronunciar palabra.

—¿Está tratando de decirme que lo hice yo? Si es así, ¿por qué no me explica el motivo?

—Desaparecieron quince kilos de heroína, ¿entiende?

—No.

—Es lo mismo, ya que no importa mucho, Jenkins.

—Escuche, federal, no tengo nada que ver con eso, ni quiero que me moleste ningún sucio polizonte o...

Los ojos de Forrester se helaron.

—Quiero que me diga quién lo hizo, Jenkins —le interrumpió—.

Eso... o voy a hacerle la vida completamente imposible. Usted sabe que puedo hacerlo. ¿Quién, Jenkins?

El rostro del *gángster* estaba terroso, y tenía las venas de la frente hinchadas cuando respondió:

—Lárguese, Forrester. Está tentando mi paciencia y ésta es mi casa.

Busque por otro lado, ¿entiende?

—Una de las muchachas era asidua a este club y al de Trent, aquí presente. Es significativo, y también... el que les encuentre juntos.

—Algo que no le importa. ¿Se marcha?

Forrester puso la mano sobre el tirador de la puerta, y ladeó la cabeza para mirarle.

—Tenga cuidado, Jenkins —dijo—. Mataron a Jenny y entre otras cosas, Jenny era cosa mía. Si usted lo hizo... —dejó transcurrir unos cuantos segundos de silencio y de un modo repentino, formuló una nueva pregunta—: ¿Qué sabe de una botella de champaña en cierto avión de la Pan American, Jenkins?

El *gángster* arqueó ambas cejas.

—¿Una botella de...?

—Y una pelirroja...

No esperó respuesta; abrió, cruzó el umbral, pasó entre Mason y Madigan, sin que ninguno de los dos pronunciara palabra, y luego de descender hasta el subsuelo, salió a la calle.

El coche.

Encendió un cigarrillo antes de acercarse, pensando velozmente.

Con éste colgado materialmente de la comisura de la boca, abrió la portezuela y entonces la vio.

Sentada al lado del volante, y mirándole fijamente con sus profundos y grandes ojos negros.

Y las piernas extendidas por delante de ella, con perfecta dejadez.

Diecinueve o veinte años.

No sonreía; su bello rostro se mostraba tan inexpresivo como cuando la viera en la barra del club que acababa de abandonar.

Sólo le miraba, con la misma fijeza anterior.

Forrester la hizo apartarse a un lado, se colocó frente al volante, también sin pronunciar palabra, dio el encendido y embragó.

—Me gustaría que diéramos una vuelta por ahí,

G-Men.

—¿Algún lugar en concreto?

—No. Sólo por ahí.

—¿Y luego...?

—Puede llevarme a mi apartamento, pero usted... se quedará fuera.

Forrester no respondió.

Continuó conduciendo en silencio hasta que la muchacha añadió:

—Me llamo Peggy Sullivan, polizonte. ¿Es que no me va a preguntar qué es lo que deseo de usted?

—Me limito a llevarla a dar un paseo por Filadelfia y a esperar.

—¿El qué?

—Que usted me lo diga.

Siguió un nuevo silencio que Peggy rompió poco más tarde.

—¿Serviría de mucho si le dijera que conocía a esa locutora asesinada?

Forrester se limitó a mirarla largamente a través del espejo retrovisor y luego inquirió:

—Y a Jenkins, ¿le conoce?

—Sí. También.

—¿Amigo suyo?

—Sí.

—¿Muy amigo?

La voz de Peggy se volvió oscura cuando contestó:

—No soy su amante si es eso lo que está pensando, polizonte. Simple amistad. He salido varias veces con él, pero nada más. También lo hice con Trent... y con ese otro. Con Donovan, ¿no? Esa locutora hizo lo mismo, y ella no... ella tampoco...

Forrester la interrumpió.

—De acuerdo, pequeña —dijo suavemente—, ¿qué es lo que quiere?

—Al asesino de la locutora, federal.

—¿Sí...? ¿Por qué?

—Ella era mi amiga. Lo entiende, ¿verdad?

—Sólo en parte, *miss* Sullivan. Sólo en parte un tanto fríamente.

Peggy hizo un gesto de impaciencia.

—¿Por qué no deja que le ayude?

—¿Cómo?

—Ya le dije que era amiga de Jenkins. Que nos conociamos.

Forrester no dudó en dar la respuesta.

—Han muerto dos mujeres —dijo.

—Y otra está detenida, ¿no?

—¿Cómo lo sabe?

—Leo los periódicos. Esa Jenny... cantante del Marimba, y la locutora.

—¿Conoce a Nancy

O'Hara?

—No. ¿Quién es?

—Usted misma la nombró hace poco, *miss Sullivan*.

—Me llamo Peggy, federal —hizo una pausa y preguntó—: ¿Se refiere a la muchacha que está detenida en el departamento federal?

—¿Cómo sabe eso? Según tengo entendido, esa noticia no es del dominio público.

—Hay comentarios,

G-Men.

No lo olvide.

—¿Quién lo comentaba?

Fue la primera vez, y siempre a través del retrovisor, que la vio sonreír, y pensó que todo en ella era perfecto, incluso su sonrisa.

—En el club. Eso es corriente. Hablaban de que los federales sospechaban de la entrada en Filadelfia de una partida de droga. Creo que heroína. ¿Es cierto?

Por segunda vez, Forrester preguntó:

—¿Quién lo comentaba?

—Fue en el club de Trent.

—¿Se lo dijo él?

—¿Quién? ¿Trent?

—Sí.

—No, no fue él, pero estaba presente.

—¿Quiénes más?

—Jenkins —repuso Peggy, sin una sola vacilación.

Siguió una pausa, muy pequeña, que Forrester rompió con una pregunta más.

—¿Qué sabe de Donovan?

—Es otro que... bien podía componer la otra parte del eslabón de la cadena.

—Así es —repuso Forrester pensativamente, y añadió sin transición alguna—: Se está haciendo tarde, Peggy, ¿dónde quiere que la deje?

—En Broad —le miró un tanto decepcionada e inquirió—: Creo que no le he servido de mucha ayuda, ¿verdad, federal?

—Me dio bastante más de lo que usted piensa, querida.

Peggy tardó varios segundos en contestar.

—Entonces, ¿va a dejar que le ayude?

—No.

—¿Por qué?

—Ya se lo dije; no deseo que usted sea la tercera en este caso — recordó a Nancy y añadió—: O la cuarta.

Peggy no respondió.

Pensaba.

Por su parte, Forrester también lo estaba haciendo.

No la entendía.

Tampoco comprendía muy bien los motivos que tenía para haberse presentado con aquella historia que sonaba inverosímil a sus oídos, a no ser que fuera Jenkins o alguno de los otros dos el que le hubiera mandado en su busca.

Seduciéndole con objeto de averiguar qué era lo que sabía el FBI de todo aquello.

Supo que se equivocaba, aunque sólo fuera en parte, como pensó a continuación, cuando detuvo el coche frente al número 940 de Broad Street.

—Buenas noches, federal —dijo suavemente, abriendo ya la portezuela del coche—. Espero que nos veamos de nuevo. Mi apartamento es el 72, letra R.

Saltó al suelo, con los bellos y largos muslos brillando a la luz del alumbrado, y se detuvo en la acera.

—Espere un momento, Peggy.

Abrió la del lado contrario, saltó al asfalto, y empezó a rodear el coche.

El lacerante grito de ella le sobresaltó y le hizo volver la cabeza hacia atrás.

CAPÍTULO IX

Un coche, cuyo motor no pudo distinguir a la luz brillante de los faros de carretera, le cegó unos instantes y de un modo instintivo, saltó a un lado, de cabeza contra el suelo, dio un par de vueltas sobre sí mismo, tratando de sacar la pistola de la funda de la axila, mientras que, dominando el zumbido del motor, estallaba en la noche el tableteo de una metralleta.

Las balas levantaron estuco de las paredes y las otras se perdieron calle abajo después de arrancar chispas del asfalto cuando ya Forrester tenía la automática en la mano.

Disparó un par de veces y supo que todo era inútil cuando el coche dobló la siguiente bocacalle, sobre dos ruedas, en tanto que el aullido de las cubiertas llegaba a sus oídos.

Se puso en pie, con el pensamiento puesto en su propio coche, justo en el momento en que recordaba a Peggy.

Entonces maldijo entre dientes.

De estar solo, hubiera emprendido la persecución.

Ahora...

Corrió hacia allí, con el arma en la mano, rodeó el coche y la vio, en el suelo, un poco pálida, con el pelo cayéndole sobre los hombros en cascada de fuego.

Se acercó.

—¿Se encuentra bien?

—Sí... en lo que cabe. El susto y... el que no me puedo poner en pie. Creo... creo que me disloqué un tobillo.

Forrester se inclinó en el suelo, la tomó entre sus brazos, levantándola como si fuera una pluma y preguntó:

—¿Dónde tiene las llaves?

—En mi bolso.

Se acercó a la puerta y allí la soltó, diciendo:

—Apóyese en mí, ¿quiere?

Lo hicieron así. Forrester franqueó el paso y de nuevo llevándola entre sus brazos fue al ascensor.

Dentro del apartamento, en el *living*, después de soltarla en el sofá,

ambos se miraron en silencio hasta que Peggy lo rompió en tono jocoso:

—No quería que entrara aquí, ¿comprende? Nunca permití la entrada a hombre alguno y ahora... ahora... Bueno, no se quede ahí mirándome como si nunca hubiera visto a una mujer, con piernas como las mías, y prepáreme algo de beber.

Señaló un extremo del *living*, donde había instalado un pequeño bar, y Forrester dio media vuelta.

—¿*Whisky*? —preguntó, sin mirarla.

—Sí, así es.

Preparó dos, y con ambos vasos en las manos se acercó.

Le dio uno.

—¿Y ahora...?

—Nos beberemos esto, como dos buenos amigos, y usted se marchará —repuso Peggy—. Pero antes tome ese teléfono y llame a mi médico. Yo misma le daré el número.

Forrester continuó obedeciendo.

* * *

—Anoche conocí a una muchacha, en el club de Jenkins.

Desde el otro lado de la mesa donde se sentaba, Merrick preguntó:

—¿Otra?

Forrester sonrió levemente, y a continuación le explicó lo sucedido la noche anterior hasta el momento en que dejara a Peggy en el interior de su apartamento, después de haber llamado a su médico.

—Voy a enviar a Dum para que la vigile.

—¿Y los otros...?

—Tienen órdenes de no perder de vista a ninguno de esos tres.

Forrester dudó unos segundos antes de formular la siguiente pregunta:

—¿Qué sabe de Nancy

O'Hara?

Merrick arqueó una ceja.

—Te interesa mucho esa rubia, ¿verdad? —preguntó—. Me refiero a que, al parecer, tu interés en ella difiere del que mostrabas por esa bailarina.

—No más que otra mujer cualquiera —repuso Forrester—. ¿Qué hay de ella?

—Continúa del mismo modo. No hay quien la haga apartarse de su primera declaración —le miró pensativamente y añadió—: Hemos recibido un informe de Hoove, desde Washington.

—¿Sobre ese supuesto paquete de heroína?

—No tan supuesto, Phil —abrió un cajón de la mesa, extrajo unos cuantos papeles, y lo depositó frente a él—. Toma y lee, muchacho. Forrester lo hizo, lentamente, como recreándose en el trabajo, y a continuación le miró a los ojos.

—Ahora tenemos el motivo desde su principio hasta Filadelfia. Desde aquí sólo nos queda la rubia y... el «quién». ¿No es así?

—Exacto, Phil —le observó durante breves segundos y finalmente preguntó—: ¿Qué sugieres?

—Lo primero es hacer vigilar a esa pelirroja del club de Jenkins. Luego...

—Continúa...

—¿Para qué, inspector?

—Por la sencilla razón de que deseo saber si tú piensas igual que yo.

—¿Se refiere a Nancy

O'Hara?

—Naturalmente.

—En ese caso, si no fuera por mí mismo, le diría que la pusiera en libertad, pero advirtiéndole que bajo ningún pretexto debe abandonar Filadelfia.

—¿Si no fuera por ti...? ¿Por qué?

—Porque la creo muy capaz de regresar a mi apartamento.

—¿Y eso te molestaría, Phil? —preguntó Merrick, con manifiesta sorna.

Forrester sonrió.

—No. La verdad es que no, inspector.

—De acuerdo —señaló los papeles que tenía sobre la mesa y añadió—: Ahora puedes continuar con la investigación. Yo mismo soltaré a Nancy.

Forrester dudó unos segundos y a continuación inquirió:

—¿Qué hay de la azafata?

—La soltamos. Recibimos un *habeas corpus* de uno de los abogados

de la Pan American, Phil.

—Ella pudo preparar la botella de champaña y...

—Sí, tal vez —le miró pensativamente y agregó—. Dime cómo, Phil, y tal vez te diga quién tiene cabeza para encerrar dentro de un recipiente de cristal, herméticamente tapado, precintado, cianuro para terminar con todo un ejército. Quién conocía a la periodista para saber que ella sólo bebía champaña y no otra clase de licor cualquiera. Y fíjate bien; una sola botella. Y... tal vez lo hizo tu rubia, ¿no?

—Sí, es posible, siempre que logremos averiguar que ella tomó el avión en Frisco.

—Estamos trabajando en eso, Phil.

Forrester, sin responder, fue a la puerta.

La abrió.

—Buena suerte... y ten cuidado. Después de lo de anoche, te confieso que no me gusta esto... y no quiero perder a ninguno de mis hombres. Lo entiendes, ¿verdad?

Forrester dio las gracias, cruzó el umbral cerrando a su espalda y alcanzó la calle.

El resto del día lo pasó yendo de un lado para otro, haciendo preguntas y más preguntas, pero no trató, ni por equivocación, de ponerse en contacto con Peggy, ni aún para preguntarle por su pie.

CAPÍTULO X

El timbre de la puerta.

Peggy arqueó una ceja, miró a su alrededor y se preguntó si era que el federal volvía con objeto de preguntar por su pie.

Tomó un bastón, colocado a su lado, y trabajosamente se puso en pie, abandonando el sofá en que se sentaba.

Unos kilos de heroína, una botella de champaña con cianuro, la muerte de dos mujeres, otra que estaba detenida en el departamento federal del FBI, y ella.

El timbre de la puerta de la calle continuaba sonando.

Peggy no respondió.

Se acercó, descorrió el cerrojo de seguridad y franqueó el paso.

No era Forrester, ni mucho menos.

Eran dos, a los que conocía.

Larry

O'Donell

y Dick Preston, los dos guardaespaldas de Chasse Donovan.

La estaban mirando de pies a cabeza, con complacencia, deteniendo los ojos más de lo necesario en sus piernas desnudas, y tal vez en el vendaje que cubría su pie derecho y parte de la pantorrilla.

—¿Qué fue eso?

Desvió los ojos hacia el semblante adusto de

O'Donell.

—Un accidente.

—¿Grave?

No se apartaba de la puerta para dejarles pasar ni ellos decían nada al respecto.

—No —replicó—, pero sí doloroso.

—En ese caso... —Fue Preston el que empezó a hablar, vacilando—.

El caso es, Peggy, que míster Donovan desea verla.

Arqueó una ceja.

—¿Para qué? —preguntó.

—No nos lo dijo. Simplemente, que viniéramos aquí y procuráramos convencerla para que nos acompañara.

Peggy se miró el pie.

—Si digo que no puedo —preguntó con perfecta calma—, ¿qué ocurrirá?

O'Donell

miró por encima del hombro en dirección al interior del apartamento, y respondió:

—Eso no es cuenta nuestra, Peggy. Míster Donovan quiere verla y...

—Comprendo —cortó ella—. Vámonos, pero tendrán que ayudarme.

Ninguno de los dos *gangsters* pronunció palabra.

Se limitaron a caminar a su lado, una vez que Peggy hubo cerrado el apartamento, hasta el ascensor.

Luego, la planta baja, el pasillo, la calle y el coche.

La ayudaron a subir.

Preston se colocó a su lado y

O'Donell,

frente al volante.

Arrancaron.

En aquel momento, Nancy

O'Hara

abandonaba el departamento federal.

—¿Dónde me llevan? —preguntó Peggy—. ¿Al club?

—Así es —repuso Preston.

—¿Y...?

El *killer* se encogió de hombros.

—Ya le dije que no lo sabía, hermana.

Peggy no contestó.

Cerró los ojos.

Pensaba.

Tratando de adivinar para qué la quería Donovan, hasta que llegó a la conclusión de que posiblemente fue vista la noche anterior en compañía del agente federal.

Trataría de averiguar de qué habían hablado, y tal vez algunas cosas más.

El Rex.

Apoyándose en el bastón, Peggy lo vio como lo había visto otras veces.

Silencioso, vacío a aquella hora del día, con las sillas perfectamente

ordenadas sobre las mesas, y detrás de la barra a un solo *barman*.
Recordó a Forrester; una vez más se acordó de él cuando,
adelantándose un paso,

O'Donell

la prendió de un brazo, a la altura del codo, diciendo:

—Por aquí, Peggy.

No respondió, tampoco protestó por la confianza de

O'Donell,

cuyos dedos se le clavaban en el brazo, y se dejó conducir
dócilmente a través del salón, hacia las cortinas de raso del fondo,
que Preston, abriendo la marcha, apartó para dejarles pasar.

Al pie de la escalera,

O'Donell

se detuvo y ella le imitó.

—¿Puede subir así, Peggy —preguntó—, o prefiere que la lleve en
brazos?

Ella ladeó la hermosa cabeza para mirarle rectamente a los ojos.

—Le dejaría —repuso lentamente—, si no supiera que eso no iba a
gustarle a usted, y no por lo que yo pudiera decir, desde luego.

O'Donell

no respondió.

No la había soltado del brazo, por lo que le empujó hacia el primer
escalón.

Cinco minutos más tarde, los tres se encontraban frente a la puerta
que daba acceso al despacho de Chasse Donovan.

Preston fue el encargado de llamar, y tres o cuatro segundos más
tarde, Peggy se encontró completamente a solas frente a los ojos
inquisitivos del *boss*.

Ojos inexpresivos, que la miraron de pies a cabeza.

Hasta que señaló su pie derecho.

—¿Qué ocurrió, Peggy? —inquirió, tuteándola como la tuteara el
primer día en que se le ocurrió poner los pies en el Rex.

—Un accidente. Me disloqué un tobillo cuando descendía de un
taxi.

Siguió un extraño silencio en tanto que Donovan señalaba uno de
los sillones que había frente a él.

Peggy tomó asiento, cabalgó una pierna sobre la otra, y le miró a
los ojos.

Puntillas de encajes negros.

—¿Un accidente?

—Sí.

Donovan tardó varios segundos más en contestar.

—¿Fue eso —empezó—, o que alguien quiso quitarte de en medio, cuando ibas con ese

G-Men?

—¿Qué

G-Men?

[1]

—Phil Forrester, del departamento federal de Filadelfia. Pero eso ya lo sabes.

Sin dejar de observarle atentamente, Peggy respondió con otra pregunta:

—¿Qué hay de malo en eso?

Donovan volvió a pensar antes de dar la respuesta.

—Nada. Nada, a no ser que me gustaría saber algunas cosas.

—¿Como cuáles?

—Por ejemplo; ¿qué busca ese polizonte?

Peggy le dedicó una sonrisa.

—Me busca a mí —repuso fríamente—. Le gusta mi fachada, Chasse.

Donovan se puso en pie y se acercó.

Quedó allí, frente a ella, mirándola a los ojos, rozando con sus rodillas las piernas desnudas de la muchacha, que no hizo nada por eludir el contacto ni por apartarse.

—Estás mintiendo, Peggy.

Ella continuó sin moverse.

—Escuche, Chasse; no soy ni más ni menos que una de tus muchas clientes. Me gusta tu club como me gustan unos cuantos más, y lo mismo que a los otros dueños, también puedo decirte a ti que mi vida es sólo mía y de nadie más. No soy tu querida, tu prometida o tu esposa. Por tanto, tus preguntas huelgan. Me gusta ese federal, ¿comprendes?

—¿Eso es todo?

—Así es, Chasse. Y ahora, si me has traído aquí sólo para eso, te pido que me dejes marchar. Lo que puedas o no tener con los federales, sólo es cuenta tuya y de nadie más.

Se apoyó en el bastón y se puso en pie, con lo que quedaron muy cerca, rozándose.

—¿De qué estuviste hablando, Peggy?

—De nosotros dos, Chasse. Nada más que de nosotros dos.

—¿Sí...?

—Quería que pasáramos la noche juntos y... Bueno, un coche nos ametralló, pero erraron los disparos. Me torcí el tobillo al caer, como ya te dije.

Donovan dio el paso que le faltaba y la prendió del brazo.

—Ven conmigo, querida —dijo un segundo antes de empezar a tirar de ella.

—¿Adónde?

—Te lo diré tan pronto como hayamos llegado. ¿O es que tienes miedo?

Peggy ladeó la cabeza hacia la derecha para mirarle.

El rostro de Chasse Donovan era en aquel momento, mucho más duro que nunca.

* * *

No se sorprendió al verla porque lo esperaba.

Lo estuvo aguardando desde el mismo momento en que supo que Merrick la pondría en libertad, así como también estuvo seguro de saber cuáles serían los primeros pasos de ella, viendo cómo se levantaba, abandonando el sofá donde se encontraba en aquel instante, en el interior de su propio apartamento, comprendiendo que no se había equivocado.

No sonrió, no dijo nada, se limitó a acercarse mientras que Nancy permanecía en pie, completamente inmóvil, sin dejar de observarla.

—¿Qué haces aquí?

El bello rostro de la muchacha permaneció impasible.

—Me soltaron —dijo.

—Lo sé. ¿Y...?

—Vine a quedarme contigo. Me gusta este apartamento y me gustas tú... a no ser que haya otra.

—¿Y si la hubiera...?

—Me iría.

Forrester se dejó caer en un sillón.

—Prepara algo para beber, Nancy —dijo—, quiero hablar contigo.

—¿Más preguntas?

—Así es.

—Correcto, amor —dijo—. Me resignaré.

CAPÍTULO XI

Cuatro minutos más tarde, notando cómo Forrester deslizaba su brazo izquierdo por su espalda y de allí a su cintura, levantó el vaso y bebió un poco.

Al terminar se le acercó más y le ofreció los labios, pero el federal no la besó; se limitó a preguntar:

—Y ahora, Cuéntamelo todo, ¿quieres?

—¿Qué es lo que debo contarte?

—Lo que ya me dijiste en el motel.

Nancy bebió un poco más y respondió:

—¿Otra vez, Phil?

—Sí.

Dejó el vaso sobre la mesita, puso una de sus manos sobre la de Forrester, trató de sonreír y contestó:

—Encontré ese portafolios, Phil. Eso es todo.

—¿Conocías a Mona Calloway?

—No, ya te dije que no. Todo ocurrió... como te conté.

Forrester dudó antes de contestar.

—¿Estás segura?

—¡Phil! —exclamó escandalizada.

Sin hacer caso continuó:

—Escucha, Nancy; yo veo las cosas de este modo: alguien trajo a Frisco, quizá desde el Michigan y en avión, una partida de heroína, en ese portafolios que te entregaron a ti. Una vuelta de unas miles de millas con objeto de hacernos perder la pista. Desde allí, desde el aeropuerto, la droga empezó a viajar en coche, pero no llegó muy lejos, ya que les estaban esperando los del FBI, y cayeron. Todos exceptuando el que llevaba el portafolios, ¿comprendes? —Hizo una ligera pausa, que Nancy no interrumpió y añadió, al cabo de unos segundos de silencio—: Para que entiendas lo que sigue, observaré que aquí en Filadelfia, en el extremo opuesto de Estados Unidos, hay tres tipos que se sospecha que se dedican a eso. Que tienen conexiones en Europa y en otros países. Donovan, Trent y un tal Jenkins. Uno de los tres tiene esa droga y por tu bien, muchacha,

quiero que me digas quién. Vamos, contesta.

Se había desprendido de su mano y ahora se encontraba en pie, frente a él, mirándole fijamente.

—¿De verdad es eso lo que piensas de mí, Phil?

—Sí.

—¿Y...?

—Terminaré de explicarme —continuó el federal, que añadió después de una pausa—. Alguien, repito una vez más, Nancy, te dio el portafolios y tú lo trajiste aquí. Nada de particular tiene que no tuvieras un solo centavo. Iban a pagarte contra entrega, y a ellos les convenía enviarte fuera de los caminos principales, por donde necesariamente vigilaba el FBI. Luego... sospecho que no te entregaron ni un solo centavo. Se llevaron el paquete y te dejaron allí, en medio de la carretera con el vacío portafolios, viejo y sucio y casi destrozado y que no les servía para nada. Contesta, Nancy, ¿quién...?

La sonrisa de ella y sus palabras le cortaron en seco.

—¿Es así como piensas en realidad, Phil?

—Sí.

—Creo que bien pudo ocurrir como dices, salvo un ligero error.

—¿Sí...? ¿Cuál?

—El más importante —repuso ella sin desconcertarse—. Si yo hubiera traído la heroína, a estas horas ya estaría muerta.

—¿Por qué?

—Es sencillo; dices que no desearon abonarme lo estipulado por traer ese paquete o lo que sea, ¿no? Pues hubiera sido así. Luego de verles las caras, de reconocerles, sólo les quedaba una cosa por hacer; eliminarme. Los testigos siempre son molestos y sobre todo, si se trata de una mujer.

Forrester tardó bastante en contestar, momento que aprovechó para tomar el vaso y llevárselo a los labios.

Al terminar soltó una pregunta:

—¿Por qué viniste conmigo al motel?

Nancy sonrió.

—Estaba asustada y cansada, Phil —dijo—. Era una forma como otra cualquiera para conseguir un lecho. No... sé cuánto llevaba sin descansar y sin dormir en una cama. No, no lo sé. Te vi y cerré los ojos a todo lo demás, y luego me asusté mucho. Un federal...

Empecé a hacerme preguntas y me marché. Vi a esa mujer morena y... Y en fin —terminó un tanto secamente—, ésa es toda la verdad.

—¿Sabes otra cosa?

—No, si tú no me la dices.

—Estamos tratando de averiguar si tú tomaste el avión en Frisco. Me refiero a si efectuaste ese vuelo hasta Filadelfia... y viste el portafolios... y a la mujer que lo llevaba, antes de llegar aquí... y una botella de champaña con cianuro.

Nancy no respondió, se volvió en redondo y fue a la puerta.

—¿Dónde vas?

—Me marchó, Phil. Creo que es lo mejor.

—Tú no vas a ir a ninguna parte, ¿comprendes?

A su vez se puso en pie, se acercó y la prendió por los hombros.

—Vas a quedarte aquí, Nancy —añadió—; tú misma lo dijiste. Ella no contestó.

* * *

Consultó el reloj de pulsera.

La una de la madrugada.

Era una buena hora.

Lentamente, llevando el bolso en bandolera, la cortísima minifalda, zapatos de alto tacón y las piernas desprovistas de medias, Nancy O'Hara

empujó la puerta que daba acceso al club nocturno

Ciro's

y se detuvo allí donde empezaban las mesas.

Las luces estaban completamente encendidas y un cuarteto de melenudos con guitarra estaba interpretando música *pop*.

Nancy empezó a moverse al compás, en tanto que avanzaba entre las mesas hacia una de las cabinas telefónicas.

Allí dejó de andar, pero no de bailar, ya que dio un par de preciosas vueltas sobre sí misma, con la minifalda por la cintura y el pelo formando una bella aureola sobre su cabeza y ya de nuevo frente a la cabina, se detuvo, miró a su alrededor y entró.

Sin perder de vista a los bailarines de la pista, tomó el auricular y marcó.

—Manila... ¿Dígame?

—¿Está míster Donovan?

Hubo un breve silencio y la misma voz respondió:

—No. ¿Quién le llama?

Nancy sonrió al auricular.

—La rubia de la carretera estatal —dijo—. La que trajo el portafolios.

Al otro lado hubo una exclamación ahogada y la misma voz pidió:

—¡Espere!

No respondió.

Se limitó a obedecer porque así le convenía.

Unos segundos, muy pocos, y desde el otro lado del hilo, Donovan preguntó:

—¿Quién me llama?

Nancy empezó a mover las caderas al compás de la música que le llegaba de fuera y preguntó a su vez:

—¿Donovan?

—Sí. ¿Quién diablos ha dicho que es usted?

Nancy, sin dejar de moverse dentro de la pequeña cabina, soltó una risita.

—Una rubia, Donovan —respondió—. Una rubia que conoce al hombre que trajo la heroína a Filadelfia.

—Está usted mintiendo, preciosa.

—¿Sí...? Mire, Donovan, voy a hablar poco, pero sabroso, ¿comprende? La droga entró en Estados Unidos a través del lago Michigan y de allí a Frisco en avión —continuó explicando casi las mismas palabras que en su momento le dijera Forrester y terminó diciendo—: Luego, la carretera, la redada y el tipo que se esfuma con un montón de miles de dólares. Un tipo que dejó a mi lado el portafolios vacío, y al que sigo hasta aquí. Si le interesa, puedo decirle, incluso hasta su nombre.

Donovan maldijo secamente:

—¿Dónde se encuentra usted?

—En... Bueno, en el club de un buen amigo suyo, pero cuando usted venga o mande a alguno de sus torpedos, la pequeña rubia ya no estará aquí.

—¿Qué pide por...?

—Nada, Donovan, nada, por el momento, porque estoy pensando

en... el FBI, querido. No me gusta que jueguen conmigo... ni con botellas de champaña. ¡Ah! Sé quién y cómo lograron introducir el cianuro en la botella, ¿comprende? Sencillo, pero eficaz... y no deja huella.

Y de haberla oído, el propio Forrester se hubiera asombrado... y quizá la habría mandado detener.

Nancy cortó la comunicación antes de que Donovan pudiera contestar, abandonó la cabina y como el cuarteto ya había dejado de tocar, sin dar un solo paso de baile, salió a la calle.

Empezó a andar hacia su izquierda.

Junto a la esquina vio una cabina pública.

Nancy se detuvo, abrió el bolso, tomó un cigarrillo, lo encendió, y con éste colgado de la comisura de la boca, se encaminó hacia allí.

Un par de minutos más tarde tenía al otro lado de la línea a Buck Jenkins.

—¿Quién cuernos ha dicho que es usted?

—Una rubia, Jenkins. Sé quien fue el tipo que trajo la droga a Filadelfia y cómo pudieron matar a la mujer que la llevaba en el avión... con champaña.

—¿Qué droga? ¿De qué me está hablando?

—Unos cuantos kilos de heroína, y cianuro.

—¿Y...?

—Podemos vernos esta noche, si le interesa mi precio.

—¿Cuánto?

—Quince de los grandes.

—¿Por qué he de darle...?

—Por cerrar la boca. Soy una buena soplona, Jenkins. ¿Qué le parece?

—¡Que está usted loca! No tengo aquí esa cantidad, ni me interesa eso que me está diciendo. Por otra parte, tampoco sabe si en realidad la tengo yo, o la dejo de tener. En cuanto al cianuro...

—¿No...? De acuerdo, Jenkins —cortó ella—. Telefonaré dentro de treinta minutos por si le interesa mi oferta. Cierto que los federales pagan mucho menos que nada, pero no menos cierto que van a agradecerme la comunicación, o el chivatazo, si es que lo prefiere así.

—Le he dicho que...

Nancy le interrumpió por segunda vez:

—Y tenga cuidado con las agujas, Jenkins. Con cierta clase de agujas, ¿comprende?

No esperó contestación. Con una leve sonrisa cortó la comunicación; a través de los cristales miró el exterior y acto seguido la abandonó.

Empezó a andar hacia la parada del «bus», tomó uno que abandonó ella por Independence Square, y ya sobre la acera, se dedicó a escudriñar a los peatones que transitaban por su lado, yendo de un lado para otro, hasta que satisfecha se dio cuenta de que no la habían seguido, o por lo menos lo creía así.

Y por tercera vez en pocos minutos, caminó por la acera para buscar una cabina desde la cual poder telefonar.

—¿Sí...? ¿Dígame?

—Quiero hablar con míster Oward Trent.

—No está. Llame más tarde.

Adivinando lo que iba a ocurrir a continuación, Nancy chilló:

—¡Espere!

—¿Sí...?

—Dígle que se trata de una partida de heroína y de una aguja... junto con cianuro y la muerte de una mujer... y una rubia con un portafolios.

Al otro lado del hilo el hombre que se comunicaba con ella tragó saliva, dudó unos segundos y por fin respondió:

—Voy a comprobar si se encuentra en el club.

Trent no debería encontrarse muy lejos de allí, ya que su espera apenas si duró tres o cuatro segundos.

—¿Sí...? ¿Quién es?

Nancy le dedicó una sonrisa al auricular.

—Ya se lo dije a su bastardo —respondió—. Una rubia que tiene una información.

—¿Y es...?

La voz de Trent sonaba extremadamente fría a sus oídos, pero Nancy ni siquiera se dio cuenta de aquello.

—Heroína. Sé quién es el tipo... o la mujer que la trajo a Filadelfia, y cómo murió la muchacha del avión. Lo entiende, ¿verdad?

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

Nancy dejó transcurrir unos cuantos segundos de silencio antes de contestar:

—Si no tuviera nada que ver, si usted no se interesara, Trent, ya habría colgado el auricular. Vamos, son quince de los grandes o el FBI. Y es la silla. Uno de sus *killer* administró el cianuro.

—¿Sí...? —le oyó reír—. ¿Y puedo saber cómo, si la botella, según dicen los diarios, estaba cerrada y precintada?

—Si le dijera eso, sabría tanto como yo, Trent.

—Puede ir donde quiera, preciosa. No sé de qué me está hablando.

—Estaré dentro de una hora en la carretera estatal, en el motel que hay a tres millas escasas de Filadelfia. Quiero esos dólares en billetes pequeños y de fácil manejo. Venga solo, o se encontrará con una sorpresa. Y por si no lo sabe, debo decirle que yo viajaba en aquel avión, al lado de la mujer que murió.

Cortó antes de que Trent pudiera pronunciar una sola palabra más.

* * *

El pasillo.

Peggy se detuvo con la mano de Donovan sobre su espalda y miró hacia el fondo, hacia el arranque de la escalera que la conduciría al salón, a la pista de baile, y posteriormente a la calle.

La estaba empujando.

Le miró.

—¿Adónde? —preguntó una vez más.

—Por aquí.

Era precisamente en sentido contrario adonde quería ir.

Empezó a andar.

Una, dos, tres puertas, a su derecha, en dirección al arranque de la otra escalera; de la que la conduciría a la puerta posterior del club.

No llegaron.

Donovan la obligó a detenerse frente a la última y allí, sujetándola de ambos brazos, la miró a los ojos.

—Vas a quedarte aquí, muchacha —dijo—, por lo menos hasta que termine todo esto.

—¿Por qué?

La voz del *gángster* era cauta cuando contestó:

—No me gustan las mujeres que meten las narices en mis asuntos, ¿comprendes?

—No.

—Eso te pasa por ser una estúpida, querida —repuso Donovan calmadamente. Sin soltarla dio un paso, abrió la puerta de un empujón y del mismo modo la hizo entrar—. Es mejor que te sientes ahí y no te muevas —le miró de pies a cabeza—. Por otra parte, no vas a ir muy lejos con ese pie.

—¿Y eso por qué? —preguntó Peggy.

—Ya te lo dije.

Le sonrió.

—Lo sé... o lo oí —replicó.

Donovan dudó antes de formular la siguiente pregunta:

—Por última vez, Peggy —dijo lentamente—. ¿Qué fue lo que hablaste con ese federal?

—Nada importante, según te expliqué, incluyendo dos asesinatos.

Donovan la miró con interés.

—Sigue, ¿quieres?

La sonrisa de Peggy se amplió.

—Dos mujeres, Chasse —respondió—, o tres, según como se mire. Una tal Jenny a la que tú conocías, y una periodista... y tal vez la de cierto avión en vuelo desde Frisco a Filadelfia. A la segunda también la conocías.

—Y sospechan de mí, ¿verdad?

—Forrester no dijo nada de eso. Trató de averiguar unas cuantas cosas mientras venía el médico, pero éste llegó mucho antes de que yo... yo pudiera decirle algo... que no sabía. A Jenny la he visto bailar desnuda, lo mismo que multitud de clientes del club, pero nada más. En cuanto a esa morena... Bueno, sé de ella lo que todo el mundo. Curiosa como periodista y tal vez por eso la mataron. Quizá sabía de esa partida de droga mucho más de lo que aparentaba. Tal vez...

Se interrumpió, y Donovan esperó a que continuara por aquel camino, pero Peggy ya no añadió otra palabra más a lo dicho.

Fue entonces cuando el *gángster* insistió:

—Continúa, muchacha —dijo.

Ella le miró atentamente.

—Eso es todo, Chasse —contestó—. Y ahora, si quieres, puedes dejarme aquí.

Sin responder, Donovan se acercó a la puerta y desde allí la miró.

Entonces lo hizo.

—Voy a averiguar todo eso, pequeña —dijo—, y ojalá que no me hayas mentido.

Abrió sin que Peggy dijera nada, cruzó el umbral a la inversa, y cerró con llave dejándola sola.

Durante unos segundos escuchó sus pasos alejándose por el pasillo, y cuando dejó de oírlos se sentó en uno de los sillones, se quitó el vendaje del pie, el otro zapato, y completamente descalza, se acercó a la ventana, la abrió y saltó al exterior, sobre la escalerilla de emergencia.

Un cuarto de hora más tarde, Donovan recibía la extraña llamada de la rubia Nancy

O'Hara.

CAPÍTULO XII

Se había ido.

Por segunda vez, había abandonado el apartamento, pero ahora era distinto.

Tenía una cita con él para dentro de unas horas.

Cierto que Oward Trent podía tener la droga... Sólo pensarlo le producía risa, y eso también se le podía aplicar a Donovan o a Jenkins, lo que aún le producía mayor hilaridad.

Se brindó a ayudarle igual que Peggy.

Había aceptado su ayuda porque en su fuero interno, estaba seguro de que Nancy sabía del asunto bastante más de lo que le había dicho; y mucho más de lo que declarara en presencia de Merrick.

Ahora... ella se había marchado.

Entraría en el club de Trent, se tomaría un par de copas, luego llegaría ella, y ambos se harían ver hasta que lograran atraer la atención del *gángster*.

Es decir, Nancy la atraería y entretanto, él haría un registro en el piso alto del club.

Era una posibilidad entre mil, descabellada, pero no había otra salida por el momento, a no ser, como ya pensara, que la propia Nancy le llevara al lugar donde se encontraba la droga, si es que lo sabía, y con aquello a la captura del hombre o la mujer que la trajo, y del que la iba a recibir.

Forrester terminó de darse una ducha, se vistió, abandonó su apartamento y salió a la calle consultando su reloj de pulsera.

Frente al volante del coche empezó a conducir, sin dejar de pensar, en dirección al club, donde llegó un cuarto de hora antes de la fijada para la cita.

Rectamente, sorteando las mesas, se acercó a la barra.

Estaba de servicio, pero no deseando llamar la atención y tan pronto como tuvo delante al barman, pidió:

—Un *whisky*, por favor.

Se lo sirvió calladamente y al tomarlo para llevárselo a los labios y beber, preguntó:

—¿Puedo ver a míster Trent?

—No está en el club.

Forrester hizo una mueca de desagrado.

—¿No está, o no desea que le molesten?

—Escuche,

G-Men

—cortó el barman—, si quiere, puede subir, pero no le encontrará.

Míster Trent recibió una llamada y se marchó.

Forrester no contestó, bebió un poco en tanto que el barman se alejaba de su lado, y miró a su alrededor.

Nancy no aparecía.

Consultó su reloj.

Pasaban cinco minutos.

La rubia del motel se retrasaba.

Bebió otro poco y prestó atención a los bailarines de la pista, hasta que de un modo repentino y por segunda vez, clavó los ojos en la esfera de su reloj.

Veinte minutos.

Frunció el ceño mientras que las sospechas en torno a Nancy se acrecentaban en el interior de su mente, y terminó con el *whisky* de un solo trago.

Pagó, abandonó el taburete y se acercó a una de las cabinas telefónicas.

Forrester marcó.

—¿Departamento federal de...?

—Merrick —respondió la voz—. Forrester, ¿verdad?

—Sí.

—He estado esperando esta llamada desde...

—¿Qué es lo que ocurre?

—Esos tres, Phil: Donovan, Jenkins y Trent, están empezando a moverse.

Forrester recordó que Merrick les tenía bajo vigilancia y preguntó:

—¿Algo más?

—Sí. Una pequeña sorpresa. Tengo aquí a una muchacha llamada Peggy.

—Tenía un pie con el tobillo...

—Ya no —cortó Merrick—, y si quieres que te diga la verdad, nunca lo tuvo, pero ya te lo explicaré más tarde. Ahora se trata de la rubia

por quien tanto te interesas.

Forrester estuvo a punto de maldecir.

—¿Quiere decirme, inspector, qué es lo que...?

—Telefoné hace muy poco —hizo una pausa que Forrester no interrumpió y preguntó—: ¿Dónde te encuentras?

—En el club de Trent. Tenía una cita con...

—No acudiré. ¿Y Trent?

—Recibió una llamada y se marchó del club.

—Correcto, Phil, no te muevas de ahí, pase lo que pase.

—Pero...

—No te muevas, muchacho, es una orden.

Antes de que pudiera iniciar una nueva protesta, oyó el inconfundible sonido metálico cuando al otro extremo el inspector jefe del FBI de Filadelfia cortó la comunicación.

Ahora sí maldijo por un par de veces, en tono bajo, depositó el auricular sobre su soporte y abandonando la cabina regresó a la barra.

—¿Usted otra vez?

Los ojos de Forrester se encontraban completamente helados al responder:

—Estoy esperando a míster Trent. Un amigo me dijo que no tardaría en regresar —mintió con aplomo—. Y ahora, póngame un *whisky* y cierre el pico, ¿comprende?

El barman no contestó.

«No te muevas de ahí, pase lo que pase...».

Eso es lo que le había ordenado Merrick, y él estaba luchando consigo mismo entre abandonar o no la barra, desobedeciendo por tanto aquella orden, y entrar en el club por la puerta posterior con objeto de registrar el piso alto, tal y como quedara con Nancy.

Había telefonado al FBI.

¿Por qué?

Era una pregunta que saltaba a su mente una y otra vez, cuya respuesta no sabía ni quizá supiera nunca, si Merrick no se lo decía, en el caso de que este último lo supiera, que lo sabría, contando también con que la rubia no le hubiera engañado como le engañó a él.

Todavía no había llegado a una conclusión concreta cuando le vio entrar.

Se volvió lentamente, haciendo girar el taburete donde se encontraba sentado y le enfrentó tan pronto Je tuvo a su lado.

—¿Y...?

Siguieron unos segundos de silencio antes de que recibiera la respuesta.

* * *

La penúltima llamada de la noche.

Nancy soltó el auricular y lo mismo que las otras veces, aquélla también miró a su alrededor a través de los cristales de la cabina pública, consultó su reloj de pulsera y salió.

Empezó a andar por la acera, con el bolso en bandolera, la minifalda casi por la cintura, atrayendo las miradas del elemento masculino, pero sin darse cuenta de que aquel hecho ocurría.

Una cafetería.

Nancy la vio mediada la calle, se detuvo en la puerta, para lanzar una nueva y breve mirada a su alrededor y entró.

Se acomodó en la barra, sobre uno de los altos taburetes, cabalgó una pierna sobre la otra y pidió:

—Un par de bollos y un café con leche.

El barman la miró curiosamente, y la dejó sola, para regresar al cabo de los tres o cuatro minutos, llevando lo pedido, que Nancy devoró con envidiable apetito.

Miró el reloj de modo instintivo.

Había tiempo de sobra; demasiado según pensaba, que se alargaría hasta lo inconmensurable.

Pensó en Forrester.

Ahora se preguntaba qué diría el

G-Men

cuando se enterara de todo, y se encogió levemente de hombros, como si aquello no le importara ni poco ni muchos, cuando la realidad era todo lo contrario.

Nancy abrió el bolso, abonó lo consumido, por tercera vez consultó el reloj y ahora sí se puso en pie, yendo directamente hacia una de las cabinas del bar.

Empezó a marcar.

Era ni más ni menos que la última llamada de la noche.

—¿Dígame...?

—¿Míster Trent?

—No está.

Frunció el ceño.

—Estaba esperando esta llamada —dijo secamente—. Que se ponga. Estoy aguardando.

—Míster Trent abandonó el club hace bastante rato. Pero escuche, ¿es usted la rubia de...?

—La carretera estatal —cortó Nancy—. ¿Por qué?

—Dejó un recado para usted.

—¿Y es...?

—Tome nota.

Acto seguido le dio un número telefónico y añadió:

—Dijo que se pusiera en contacto con él dentro de media hora. Ese tiempo ha pasado ya.

Sin responder, Nancy cortó la comunicación y volvió a marcar.

Al otro lado oyó la insistente señal, y justo en el momento en que iba a insistir, descolgaron el auricular.

—¿Di...?

La suave risa de la rubia le interrumpió.

—Apuesto a que es Trent, ¿verdad?

—Así es.

—¿Pensó en eso?

—Tendrá esos dólares, muchacha.

—¿Dónde?

—Creo que dijo...

—En la carretera estatal, en un motel que hay allí, a la derecha, según se regresa a Filadelfia. Vaya solo, Trent, o no me encontrará.

—¿A qué hora?

Nancy no consultó su reloj cuando contestó:

—Exactamente dentro de sesenta minutos, en el bar del motel.

—¿Cómo la conoceré?

Nancy se echó a reír.

—Llevo minifalda de bolsillo, querido —dijo—, y mis piernas son preciosas. Y un bolso de rafia.

Trent dejó transcurrir unos segundos de silencio, y formuló la pregunta:

—¿Cómo sé que no me está engañando, que no es una trampa?

—Ése es un problema que debe resolver usted solo. Yo me limito a pedir una cantidad por algo que ustedes están buscando.

—Eso quiere decir que lo tienes tú, ¿no? —La tuteó.

—Si fuera así, amor, tenga por seguro que jamás hubiera pedido esa cantidad que significa una miseria en relación con lo que usted va a cobrar... si es que la heroína, como sospecho, se encuentra en su poder.

Trent soltó una maldición, y Nancy se rió, aunque en su risa no había alegría alguna.

Sabía que estaba jugando con la muerte, y aquello no era agradable ni mucho menos.

—Alguien la tiene, ¿verdad?

—Así es, y yo conozco al hombre.

—¿Quién es?

Antes de oírla reír por tercera vez, el *gángster* tuvo la sensación de que su pregunta era ridícula.

—Venga al motel en sesenta minutos y lo sabrá. ¡Ah! También le diré cómo se las ingenió para administrar el cianuro a la mujer que la llevaba en el avión.

No esperó respuesta.

Cortó la comunicación y regresó a la barra.

Nancy se sentó en el taburete mirando su reloj.

—Otro café —pidió—. Solo.

Era un modo como cualquiera de entretener el tiempo.

Abrió el bolso mientras se lo servían, tomó el paquete de cigarrillos y encendió uno.

De nuevo recordaba a Forrester.

A aquella hora ya se habría puesto en contacto con el inspector Merrick, y no pudo evitar que una leve sonrisa se perfilara entre sus rojos y sensuales labios.

Pausadamente tomó su café, lo abonó y con el cigarrillo en la boca abandonó el bar y salió a la calle.

Nancy detuvo el primer taxi que encontró libre, se arrellanó contra el respaldo del asiento, extendió las piernas frente a sí misma y ordenó:

—Al motel que hay en la carretera estatal, a menos de tres millas de aquí.

El taxi arrancó.

—¿Conoce el lugar?

El taxista le dedicó una sonrisa al espejo retrovisor.

—Sí —respondió—. Así es.

Nancy fumó durante unos segundos antes de responder:

—Tengo una cita, ¿comprende?

La sonrisa del conductor se amplió.

—Es... lo que pensé al verla —dijo.

—Pues no lo es, querido.

—¿No...?

—Es una cita, sí, pero no con el amor, sino con una partida de *gangsters*.

Con lo que el taxista se sobresaltó dando la callada por respuesta, pero Nancy pudo advertir que cada vez que podía lanzaba una mirada sobre ella, tratando, quizá, de averiguar si le había dicho la verdad o sólo se trataba de una broma.

CAPÍTULO XIII

Hizo una seña y

O'Nell

detuvo el coche bajo los árboles.

Muy cerca, a menos de ciento cincuenta yardas, las luces del motel brillaban en la noche.

—¿Se puede saber dónde vamos? —preguntó.

Sin responder a su pregunta, Donovan adujo:

—Tú vendrás conmigo, Dick. Y procura que no se te vea la artillería, pero úsala, si hace falta. Y tú espera aquí, Larry.

Ninguno de los dos respondió, por lo que en silencio, Preston descendió del coche y fue tras él, amparándose ambos bajo las sombras de los árboles, hasta que por fin, muy cerca ya del motel, se detuvieron.

De los dos, fue Donovan el que rompió el silencio.

—Voy a acercarme, Dick —dijo lentamente—; espera tres o cuatro minutos y ven. Pero hazlo por la parte de atrás, ¿comprendes? Una vez que alcances el edificio principal lo rodeas y entras en el bar.

Preston no respondió, por lo que el *gángster* empezó a andar en dirección a la puerta de entrada.

Vio a Buck Jenkins en la barra, acompañado de Mason, por lo que adivinó que aquél había hecho lo mismo que él; Oscar Madigan permanecía al acecho no lejos de allí.

Dudó entre entrar o no hacerlo, hasta que por fin se decidió.

Empujó la puerta, cruzó el umbral y ya sin una sola vacilación, se encaminó a la barra.

No miró a Jenkins ni saludó.

—*Whisky* —pidió acomodándose en uno de los taburetes.

Jenkinsladeó el rostro para mirarle.

—Cuernos, Chasse, no esperaba verte. Por lo menos esta noche —exclamó.

—Ni yo a ti.

Simuló no ver la preocupada mirada del barman cuando le sirvió el licor, y esperó la respuesta de Donovan que se tradujo en una

pregunta que interiormente le sobresaltó por lo directa:

—¿Te interesan las rubias?

Jenkins arqueó una ceja.

—No mucho más que las demás mujeres —respondió.

Donovan tomó el vaso y empezó a beber.

Al terminar contestó:

—Ésta es especial, Buck.

—¿Sí...? ¿Por qué?

Donovan fijó sus ojos en el barman que había ido a colocarse en el extremo más alejado del mostrador, pero que podía estar escuchando.

Bajó la voz.

—Se habla de cierta partida de heroína —dijo—. ¿Qué sabes de eso?

Jenkins no lo entendía.

Donovan estaba hablando claro, demasiado para su gusto y... Bueno, la verdad, aunque fuera repetirlo, no le comprendía; por lo menos no del todo.

—¿Y la lleva esa rubia? —preguntó.

—¿Tú no lo sabes?

—No. Ni siquiera sé de qué me estás hablando, Chasse.

El *gángster* volvió a beber y al terminar inquirió, haciendo caso omiso a sus palabras anteriores:

—¿La has visto?

—¿A quién?

—A la rubia.

—Te he dicho...

—Lo sé —cortó Donovan secamente—, pero eso no significa nada.

—Miró a su alrededor y prosiguió—: Los federales me están molestando con respecto a la droga y al asesinato de... tres mujeres, y no me gusta. No por eso, si me entiendes.

—Entonces, ¿por qué?

—Por la pequeña Jenny. Me gustaba verla en la pista.

—¿Tu amante?

—Me hubiera gustado, pero la muchacha era difícil —sonrió—. Difícil, y una fuente de ingresos, Buck.

—¿Y...?

—Figúratelo. Ella murió, y te apuesto a que adivino por qué.

—¿Sí...?

—Claro. Era amiga de la periodista.

—Sigue, Chasse —repuso Jenkins—, hasta ahora es interesante todo lo que estás diciendo. ¿Qué hay de esa locutora?

—Poco. Era amiga de Jenny, y por eso mataron a mi primera bailarina.

—¡Cuernos! Y eso, ¿por qué?

—Ella, la muerta, era ante todo periodista, ¿comprendes?

—Sólo un poco. Continúa, ¿quieres?

—A eso voy —repuso Donovan calmadamente—. El que mató a Jenny pudo creer que la periodista le había contado algunas cosas. Frecuentaba nuestros clubs. Algo fuera de lugar en una chica decente como ella, pero, como te digo, ante todo, era periodista. Estaba tras nuestros pasos, tal vez con más acierto que los

G-Men.

Sabía cosas que... pudo comunicarle a Jenny en cualquier conversación... y el tipo que la mató pudo pensarlo así, lo mismo que ahora lo pienso yo.

—¿Estás tratando de acusarme a mí, Chasse? Si es así, te diré que tú también pudiste hacerlo, ¿no? Y por el mismo motivo.

—Sí, quizá lo hice yo —repuso Donovan con perfecta calma. Hizo una pausa y preguntó bruscamente—: Y ahora, ¿a quién le toca? ¿A Peggy?

—¿Por qué a ella?

Donovan le dedicó una sonrisa que fue tan brusca como su pregunta, o la respuesta que le dio a continuación:

—Porque también era amiga de las dos. Las mujeres hablan y hablan, Buck y tú, lo mismo que yo, estamos convencidos de que no saben sujetar la lengua.

—Y eso, ¿dónde nos deja?

Sin responder a aquella pregunta, Donovan formuló otra:

—¿Dónde está Trent?

Jenkins se encogió de hombros.

—Confieso que también esperaba encontrarle aquí, pero no le he visto. Ni a él ni a esa rubia.

Desde una de las ventanas, Preston, con el arma en la mano, contemplaba curiosamente la escena, dispuesto a intervenir en el momento oportuno.

CAPÍTULO XIV

Se apartó de la carretera después de haber dejado el taxi a unas trescientas cincuenta yardas del motel, y exactamente como ya lo hiciera tiempo atrás, Nancy caminó hasta el mismo pie del árbol.

Sí, era allí, en aquel lugar, donde había conocido a un hombre que luego resultó ser un federal, y con aquello, todos sus sueños se habían venido abajo.

Sueños que de haberse cumplido, la hubieran colocado al borde del presidio o si no, en el presidio mismo.

Miró a su alrededor.

Silencio y oscuridad, lo mismo que aquella noche, pero ahora no llevaba consigo el portafolios.

Sólo el bolso y las manos desnudas.

Oward Trent.

Posiblemente ya se encontraría en el bar del motel.

Y una cantidad de heroína que valía unos cuantos cientos de miles de dólares.

Tenía miedo y ésa era la verdad.

Recordaba el impresionante espectáculo de aquella periodista desnuda con un balazo en el centro del pecho izquierdo.

Su horror al verla y como había soltado el portafolios sabiendo que aquello era una pista para el que lo viera, y había corrido, lo mismo que una loca, hasta alcanzar la curva de la carretera, en busca de la parada del «bus».

Empezó a andar hacia el motel.

Paso a paso, sin abandonar el amparo de las sombras que le ofrecían los árboles.

Minutos más tarde, Nancy dio vista al mismo.

Iluminado, como lo estaba aquella noche, y algo más.

Tres coches.

Frunció el ceño.

Trent y...

Sí, aquello era, los tres *gángster* se habían reunido allí, en el bar, y la estaban esperando.

Las piernas le temblaron y se detuvo en seco. Luego se ocultó tras el tronco de uno de los árboles, sabiendo que si entraba en el motel, jamás saldría, por lo menos, viva.

Hasta que de un modo repentino empezó a retroceder, paso a paso, con los ojos fijos en el motel y en los tres coches separados entre sí por varias docenas de yardas de distancia, semiocultos a las miradas indiscretas de sus propios ocupantes.

Un paso, dos, tres, otro, y otro más... y entonces hizo ademán de volverse dando la espalda a todo aquello.

En aquel momento una mano cayó sobre su boca mientras que un brazo de hierro sujetaba su cintura y dilató los ojos pugnando por escapar de aquella tenaza, hasta que oyó la voz en su oído:

—Creo, pequeña, que por esta noche ya está bien. Ahora, si me prometes no gritar, te soltaré.

Antes de que hiciera cualquier movimiento afirmativo, apartó la mano de su boca y aspiró, mientras notaba que la presión del brazo en su cintura se acentuaba.

—¡Tú! —susurró—. ¿Y Trent?

—En el coche, pequeña. Con Merrick. Le detuvimos, ¿sabes? Y gracias por avisarnos de lo que pensabas hacer. Respecto a lo demás, ya hablaremos.

—¿Esta noche, Phil?

—Espero que sea así. Ahora ve al coche. El inspector está esperando.

—¿Y tú?

Forrester desvió los ojos hacia el motel.

—Te acompaño —añadió ella, comprendiéndole.

—Ve al coche, Nancy. Es una orden del FBI y no mía. ¿Me entiendes? Los encontrarás no lejos de aquí, bajo aquel grupo de árboles.

Se los señaló con el brazo y luego, de un modo brusco, la atrajo contra su pecho y la besó fuertemente en los labios.

La soltó antes de que lograra corresponder a la caricia, dio media vuelta y empezó a alejarse de ella.

Nancy vaciló un poco y luego, dando la espalda, sin volver la vista atrás, se encaminó hacia donde Forrester le indicara, mientras éste alcanzaba la carretera.

Frente a él, la puerta del bar del motel, donde en aquel momento se

encontraban Jenkins y Donovan.

Vuelto de espaldas a él, vio a Dick Preston.

Continuó andando, empezó a pisar el asfalto y entonces ocurrió algo que no esperaba ni mucho menos.

Preston se Volvió, le vio envararse y a continuación, sin previo aviso, sacó la mano del bolsillo de la americana y empezó a disparar.

Forrester se lanzó de cabeza al suelo, tratando de sacar la automática justo en el momento en que hasta sus oídos llegaba el tableteo de una metralleta y comprendió que sus compañeros, los que habían seguido a los tres *gangsters*, incluyendo a Trent, se encontraban allí.

Frente al motel, Preston caía, casi partido en dos.

Les vio correr, armas en la mano, hacia la puerta, y se puso en pie corriendo a su vez.

Desde el interior, Jenkins, Mason y Donovan se volvieron en redondo y los cristales saltaron hechos pedazos cuando las balas tropezaron con ellos en tanto que el barman se lanzaba de cabeza detrás del mostrador.

Uno de los agentes federales se dobló en dos con un balazo en la cabeza y Forrester saltaba por una de las ventanas, pistola en mano, al interior del bar.

Y empezó a disparar, tiro tras tiro, contra los tres *gangsters*.

Fuera, en la carretera,

O'Donell

embragó, y a toda velocidad puso rumbo a Filadelfia, sin preocuparse ni poco ni mucho de lo que estaba ocurriendo en el interior del motel.

Sospechaba que era cosa de los federales y para él, todo lo demás sobraba.

Un poco más allá, casi en el centro de la curva, pero bajo los árboles, Madigan hizo lo propio cuando ya Donovan, Jenkins y Mason caían acribillados por los balazos de los

G-Men.

En el interior del coche, con los ojos grises perennemente fríos, Merrick, frente a un maniatado Trent, y al lado de una silenciosa Nancy, esperaba el resultado de la batalla.

Su rostro completamente impassible, de roca, no les delataba a los

dos la angustia que estaba experimentando en aquel momento por sus hombres, a alguno de los cuales quizá hubiera enviado a la muerte.

Fue muy poco lo que tuvo que esperar.

Cuestión de tres o cuatro minutos y entonces vio venir a Forrester conjuntamente con los demás.

Abrió la portezuela sin pronunciar palabra, y continuó esperando.

—¿Qué ocurrió?

Forrester hizo una mueca.

—Mataron a Richard. Fue al único a quien tocaron.

—¿Y...?

—Muertos. Les barrimos materialmente, inspector.

Merrick no contestó a aquello; había vuelto los ojos hacia Nancy y pidió:

—Y ahora, *miss McKenna*, deme la droga.

—Tendrá... tendrá que acompañarme hasta donde la escondí, míster.

Merrick la interrumpió:

—Phil irá con usted, *miss McKenna*.

Lo hicieron así, muy juntos, sin hablarse, hasta uno de los árboles cercanos al lugar donde se quedara dormida y en el interior de cuyo tronco la escondió envuelta en una pequeña bolsa de lona.

Pero no fue hasta mucho más tarde, hasta mediado el día siguiente y ya solos, en el interior del apartamento de Forrester, el momento en que empezaron las explicaciones entre los dos.

Y fue el propio federal el que formuló la primera pregunta:

—La tenías tú, ¿verdad?

Sheila McKenna le miró a los ojos.

—Sí, así es —declaró.

—Entonces mentiste, ¿verdad?

—Sí, así es —repitió ella.

—Explícate, ¿quieres?

Sheila dejó transcurrir varios segundos de silencio antes de empezar a decir:

—Todo ocurrió como te dije, salvo en una cosa.

—¿Y es...?

—No me interrumpas y te enterarás, Phil —hizo una ligera pausa y añadió, en vista de que él daba la llamada por respuesta—: Lo del

avión fue verdad. La vi allí, muerta, a mi lado y... Bueno, por otra parte la azafata no podía saber a cuál de las dos pertenecía el portafolios por lo que y en vista de que se encontraba colocado entre las dos, lo tomé, descendí del avión y fui al tocador de señoras donde cambié el color de mi pelirrojo pelo por este rubio que ahora ves. Más tarde miré el portafolios y... vi la droga. La mujer, esa Maureen, dijo que era de Filadelfia o que iba de un lado para otro... y que ahora venía hacia aquí. Vi la droga y el, resto es fácil de deducir... si no hubiera tropezado contigo. Antes debo decirte que tomé un «bus» en el aeropuerto y luego di un amplio rodeo hasta la carretera estatal. Quería dar la impresión a cualquiera de que había hecho el viaje en tren y luego en «bus». Comprendes, ¿verdad? Pero dejé el «bus» antes de llegar y luego vino todo lo demás.

—¿Eso justifica lo del motel...?

Le miró a los ojos, fijamente, obsesionándole.

—Tuve miedo cuando te vi allí, a mi lado. La mujer venía a Filadelfia y me asusté creyendo que podría... podría tratarse de otra casualidad, o de que ya me estuvieran buscando. Tú no podías ser uno de ellos... y no podía hacer remilgo alguno. Más tarde, sobre la marcha, tal vez me hubiera deshecho de ti de cualquier modo. Luego, al quedarte dormido traté de averiguar quién eras en realidad, y me aterroricé aún más cuando descubrí que eras un federal. Tenía la heroína y... y por eso me escapé. Luego, esa locutora muerta... Fue Trent, ¿verdad?

—Sí. Lo mismo que a Jenny. A aquélla porque frecuentaba los clubs e iba hilvanando en torno a ellos una sutil red que más tarde o más temprano, les hubiera envuelto a todos. A Jenny, porque creyeron que ella le había confiado sus cuitas. Fue, también, uno de los hombres de Trent el que asesinó a la portadora de la droga. Lo hizo para ahorrarse unos miles de dólares. El precio de la heroína, puesta en este país.

Sheila McKenna o Nancy

O'Hara

le sonrió.

—¿Sabes cómo se la dieron? Me refiero a si sabes cómo le administraron el cia...

—Sé a lo que te refieres —cortó Forrester—. Fue inyectándolo a través del tapón de la botella. La aguja no deja huellas y el cianuro

queda dentro.

—Era... un peligro para la tripulación. Hubieran podido morir...

—Trent contaba con que nadie pidiera champaña en un vuelo tan corto. Sólo podía hacerlo esa periodista o locutora, como queramos llamarla, y así fue.

—¿Y Donovan...?

En esta partida nada tenía que ver, Sheila. Murieron porque perdieron la cabeza cuando nos vieron en torno al motel. Eran asesinos, tal vez mucho peores que el propio Trent, pero no teníamos prueba alguna contra ellos.

—Sí, el que a hierro mata...

Sacudió la cabeza y se le acercó.

—¿Qué se sabe de Madigan y O'Donell?

—preguntó.

Pero no era eso lo que deseaba decir, ni mucho menos.

—Les atraparemos, muchacha.

—¿Y...?

—¿A qué te refieres? —preguntó Forrester, al ver cómo se interrumpía.

—A nosotros dos, Phil.

El miró a su alrededor.

—¿Vas a quedarte si te lo pido?

—Sí, claro.

No sonreía, sólo la miraba tanto o más fijamente que antes.

Por su parte, el federal tampoco pronunció otra; se limitó a dar un paso hacia adelante y Sheila hizo el resto cuando con un ligero grito se le colgó del cuello.

FIN



José María Moreno García, nació en Priego (Córdoba) en 1922. Utilizó el seudónimo de Joe Mogar. Empleó otros seudónimos como Alexis Dormunt, J. Mendoza, Alfred Allyson, Clay Duncan, Jesse McGraham, Joe Mogar, Joe Morgan, Pete Salazar, Joseph M. West, y como la mayoría de escritores de novela popular, tocó casi todos los géneros, desarrollando el grueso de su carrera profesional para Bruguera, pero también en menor medida para Toray, Petronio. Manhattan y otras editoriales.

Notas

[1] Gubemament-*Men* En español, «Hombres del Gobierno». < <